Melodías del Corazón

Brielle T. Caldwell Salazar

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo.

La niña de cabellos dorados toca el piano con destreza, sintiendo la música correr por sus venas. La melodía de la Sonata N° 14 de Beethoven invade sus sentidos. Sus espectadores sienten la pasión que fluye a través de sus mágicos dedos. El talento que ella posee es único y muy pocas veces visto antes. Su madre sabía que su hija era un prodigio musical, por esa razón decidió concertar una cita para que estudiara música en la Academia de Artes Musicales en el programa especial de niños y niñas prodigio. Estaba orgullosa. Además podía costear la matrícula y el programa especial, ya que era la esposa del uno de los dueños del mejor bufete de abogados en toda Inglaterra. El bufete O'Donell, reconocido por su prestigio y calidad en sus abogados especialmente entrenado para enfrentar cada desafío y por supuesto ganar cada caso por más complicado que sea. Nathaly O'Donell era la hija menor de cinco hermanos. Una numerosa familia con mucho poder político y económico en Londres y un apellido reconocido alrededor del mundo por sus negocios y acciones en otras empresas de alto rango empresarial y tecnológico.

Era obvio que su apellido le abriría muchas puertas en el futuro. Sin embargo, su talento haría callar las malas lenguas.

- Ella es un genio musical. Un diamante en bruto -dijo un joven de cabello negro y ojos azules con asombro-. Llegará a tocar en los mejores teatros del mundo si continúa así. Qué edad tiene?

- Seis.

- ¿Seis? -la mujer asintió con orgullo.

- De acuerdo -dijo decidido-. Yo la voy a entrenar para que mi padre la escuche y acepte enseñarle en su academia de niños y niñas prodigios.

- Muchas gracias, Ethan -dijo no muy convencida-. Yo sé que eres talentoso, pero preferiría que la entrenara alguien más capacitado. Un profesional. Sé que tienes buen oído, pero sólo eres solo un niño de trece años.

- Señora, sé que soy joven -dijo con elocuencia-. Pero soy el mejor para esto. Tengo los puntos a mi favor.

- ¿Cuáles si se puede saber? -dijo burlona.

- Por supuesto. En primer lugar -empezó-, mi padre me educó en el mundo de la música y lo conozco mejor que nadie, por lo que sé cuales son sus gustos y exigencias -puntualizó-. En segundo lugar, ella es una niña pequeña de seis años y por lo que me dice usted es muy tímida. Así que pienso que estaría mejor con alguien cercano a su edad que con un adulto ansiando, panzón e intimidante -dijo finalmente y levantó una ceja para enfatizar su punto.

- De acuerdo, tienes razón -admitió-. Tú ganas, Ethan. La dejo en tus manos.

- Y yo estaré encantado -lanzó una sonrisa de campeón.

Ethan Brown, hijo de uno de los mejores músicos en todo el mundo, quien tras su larga carrera levantó con sus propias manos, sudor y lágrimas una academia de música para descubrir nuevos posibles talentos en este bello y competitivo arte. Quien quisiera triunfar en el mundo de la música era obvio que manteniendo una buena relación con alguien que tenía importantes contactos podría llegar a ser alguien en el futuro, ya que hasta el momento el famoso Sammuel Brown nunca se ha equivocado en sus recomendaciones. Especialmente, si él pule con precisión, tiempo y mucho cuidado esa hermosa perla que muy pocas veces logra encontrar. Ethan se acercó a la pequeña quien no sintió su presencia por el sonido de la música sino hasta que escuchó su voz. Él notó que no había partitura alguna que ella pudiera leer. Se impresionó y preguntó:

- ¿Cómo es posible que una niña de seis años aprenda Claro de Luna de Beethoven y la toque a la perfección? -él siempre se caracterizó por ser muy directo.

La niña asustada dejó de tocar y apartó las manos de las teclas blancas y negras del hermoso y enorme piano de cola color negro. Bajó la mirada con timidez.

- No temas -dijo el joven con un todo dulce-. Sólo quiero ser tu amigo.

Sin decir una palabra, ella subió su mirada dirigiéndose a él; lo que le permitió admirar sus hermosos ojos azules. Aunque por alguna razón él sentía que no lo miraba directamente a él, sino que vio unos ojos vacíos, tristes, llenos de soledad. Esta pequeña nunca tuvo la dicha de tener un amigo.

- ¿Quieres decirme cómo aprendiste a tocar el piano sin partituras, Nathaly?

Ella solo extendió sus manos. Él no comprendió qué quería decir en eso. Ella nunca había hablando con nadie más que no fueran sus hermanos

Daniel y Sebástian o sus padres. Él la miró desconcertado.

- ¿Qué sucede?

Reené O'Donell, su madre, se acercó a ambos y contestó la pregunta por ella.

- Es ciega de nacimiento.

- ¿Qué? -abrió los ojos como platos.

- Las partituras que usa están especialmente hechas en braille. Aunque la mayoría del tiempo utiliza su oído para tocar alguna canción -agregó con orgullo-. Tengo entendido que es muy difícil de hacer.

- Ni yo puedo hacerlo -dijo con asombro. La niña se sonrojó-. Bien, creo que podríamos empezar hoy -la madre complacida asintió.

Ethan tenía curiosidad por conocer el talento de esa niña que le había caído del cielo. Además de ser una niña realmente hermosa, tocaba el piano como un ángel. Y cantaba como uno, pero era otro de sus talentos ocultos que ella no quería sacar a la luz. Ese día Ethan se dedicó a analizar cada sentido de aquella niña de seis años que había llamado su atención. Le pidió que tocara de nuevo la sonata de Beethoven desde el inicio.

Sus dedos se movieron mecánicamente como si fuera magia lo que estaba detrás del talento de aquella niña de cabellos dorados y vestidos blanco. Labios gruesos de un tono rojo natural, nariz respingada. Cerró sus ojos y sintió la música fluir a través de sus dedos. Movía sus cabeza sintiendo la melodía invadir sus oídos. Era como tener a Beethoven justo al lado suyo. Desde ese momento decidió que su deber era seguir sus pasos, apoyarla, pulirla como se hace con una perla cuando es recién extraída del mar. Ella era fantástica. Perfecta. Una genio.

En los primeros cinco meses Nathaly no le dirigió ni una palabra a Ethan, hasta que un día ella respondió a una de sus miles de preguntas. Desde ese momento nunca más paró de hablar. Durante tres practicaron y practicaron juntos. Aprendió de los mejores: Mozart, Bach, Wagner, Chopin, Vivaldi, Brahms, Chaikovski, Shubert y muchos más. Memorizó cada una de sus piezas a la perfección, sin errores. Su pasión era el piano, era la única manera de aliviar sus penas y de superar la soledad. Ella sufría por el rechazo que sus compañeros de la escuela por su condición. Sin embargo, en el piano, la música, encontró un escape para su dolor. A pesar de todo, ella siempre mostró una sonrisa enorme y bella.

- Nat -dijo en un susurro-, prometo que siempre me quedaré a tu lado.

- ¿Lo prometes? -preguntó ella con ilusión.

- Por supuesto -afirmó-. No me iré a ningún lado -ella sonrió y sus mejillas rosadas.

Un día en su escuela, cuando tenía nueve años, organizaron un festival de talentos. Ethan le pidió que se inscribiera para superar sus problemas con el pánico escénico y para que todos se enterara de que su condición no era un impedimento para su gran talento. Ella se negó en repetidas ocasiones, hasta que finalmente la convenció de hacerlo. él le prometió que estaría allí. Para verla triunfar. Su corazón palpitaba con fuerza al escuchar sus palabras y sus mejillas se tornaron de un color rojo imposible de ocultar de ese rostro blanco.

- ¿Qué vas a tocar? -preguntó él con curiosidad.

- Es una sorpresa -respondió ella con aire misterioso.

El día de la función llegó. Las presentaciones eran fantásticas y habían muchas categorías: de baile, de canto, actuación, ventriloquia, cinematografía, entre otras. Había llegado el turno de Nathaly. Instalaron un piano de cola color negro especial que siempre usa para personas invidentes. Ella apareció con su vestido blanco largo hasta el suelo, colgando del brazo de su chófer Steven quien siempre vestía de de negro. En cuanto apareció en el escenario, los estudiantes que se burlaban de ella todos los días comenzaron a reír. Ethan estaba ahí y los escuchó. La sangre le hervía de pies a cabeza, pero se mantuvo sereno a pesar de los insultos que ellos vociferaban. Sin embargo, él sabía que ella los dejaría con la boca cerrada cuando fueran testigos de su grandeza. Tenía fe en su estudiante y eso era todo lo que ella necesitaba de él.

Tomó asiento en el banquillo, se acomodó el vestido, se acercó más al enorme instrumento para alcanzar los pedales. Los chicos hablaban. "¿Cómo era posible que una ciega tocara el piano?" "¡Hará el ridículo!" "¿Quién la dejó subir al escenario?" Eran algunos de los comentarios que todos hacían. Las luces se apagaron, el reflector golpeaba su rostro, las voces cesaron, el silencio se apoderó del lugar y Nathaly comenzó a tocar. Eligió la Sonata N° 14 de Beethoven. Ethan estaba sorprendido.

¿Por qué esa pieza? -pensó-. Ella toca otras más complicadas.

Esa era la canción cuando todo comenzó. Para Nathaly, era canción era especial. Tal vez para Ethan no, pero para ella esa canción lo era todo. Ella lo conoció mientras tocaba esa pieza. Esa fue la primera que tocaron juntos. Para ella tenía significado. Cada nota llegó a los corazones de su público. Todos estaban atónitos. Una chica de ciega de nueve años estaba

tocando el piano. Algunos lloraron, otros callaron para escuchar la dulce melodía de una de las composiciones de uno de los mejores compositores preclaros de la historia de la música clásica. Nunca nadie se imaginó que algún día ellos verían tal belleza en persona.

Al terminar hubo silencio. Nada de aplausos ni silbidos ni gritos. Nada.

Las luce se encendieron, la joven se puso de pie y se fue colgando del brazo de Steven. No hubo reacción de nadie y a Nathaly le temblaba todo, sus manos, sus piernas. Su corazón palpitaba con tanta fuerza que sentía que iba a explotar. La adrenalina corrí por sus venas. Era una sensación excitante y satisfactoria. Todo gracias a Ethan. Ambos se encontraron entre la multitud y a pesar de las miradas, los murmullos y la sensación vacía en el pecho de las personas, el festival de talentos continuó.

Él le dio una abrazó que ella sintió en lo más profundo de su cuerpo. Él estaba ahí como había prometido. Claro que iba a estar presente en su primera presentación en público, era su maestro. La felicidad invadió sus mejillas, cosa que pasaba muy a menudo cuando él estaba cerca de ella. Sin embargo, ese delicioso calor se apagó tan rápido como se encendió.

- Nat -dijo Ethan con una enorme sonrisa-, te quiero presentar a Melissa.

Su sonrisa se borró de sus rostro.

- Mi novia.

Las palabras golpearon tan fuerte en su corazón que sintió que se partía en mil pedazos. Un golpe mortal que dejó una herida tan profunda como una daga que se incrusta dentro y lento en su débil y sensible pecho.

Pasó un año más, después de ese día. Ethan era un hombre muy atractivo, por lo que novias no le faltaron nunca. Y con cada una de ellas, Nathaly sentía más dolor. Pero no más que el comprender que ninguna de ella jamás estaría en su larga y eterna lista de ex novias. Ni un beso ni una caricia. Para él, ella era su amiga, su estudiante.

Finalmente llegó el día en que ella se presentaría al gran Sammuel Brown. Ella estaba lista desde hacía mucho tiempo, pero no era el momento indicado hasta ahora. Él la esperaba en la sala especial donde recibía a los estudiantes que aspiraban a ser grandes. Ella no quería fama ni fortuna, eso le sobraba. Lo que ella quería era seguir con Ethan, pero él quería que su padre la escuchara algún día porque sabía que ella era más, mucho más. Sammuel Brown la escuchó y ni siquiera la dejó terminar interpretación de la Sonata N° 16 de Mozart cuando le dijo que debía ir con él a Sydney para formar parte de su orquesta e iban a dar un

concierto de las mejores composiciones de Mozart.

Ella estaba muy sorprendida que él le pidiera que lo acompañara. Sammuel Brown nunca hacía ese tipo de peticiones. Nathaly tenía apenas diez años. Su madre accedió y ella los acompañó. Esa fue la primera vez que ella tocaba en un lugar tan importante. Estaba muy nerviosa, pero como siempre ella pudo superar su miedo. Fue valiente y lo hizo impecable. Dejó al público petrificado con interpretación de uno de los grandes a tan corta edad.

Al regresar a Londres, lo primero que hizo fue dirigirse a la academia para saludar a Ethan. Él estaba feliz de verla de nuevo después de un mes completo. Ella le habló de lo maravilloso que fue estar allí en el Sydney Ópera House. Ya no tenía miedo y él estaba feliz por ella. Ambos tocaron una vez más el piano juntos. Al cabo de unas horas, Ethan le dijo que debía irse.

- ¿Te vas? -dijo ella con tristeza-. ¿Adónde?

- Nueva york.

Le habían dado una beca para estudiar en Julliard. Debía terminar sus estudios allá y continuar unos años más. Ethan le dijo que sería tan solo unos años y él volvería. Sin embargo, ella sabía perfectamente que si él se iba jamás iba a regresar.

- Ya te lo dije una vez, Nat. Yo siempre me estaré contigo sin importar la distancia.

- ¿Lo prometes?

- Te lo juro.

Ella fue a despedirlo al aeropuerto, pero había llegado muy tarde. Ni siquiera le dijo adiós ni siquiera tuvo tiempo para decirle lo que sentía. Ese día sintió que algo había muerto.

Pasó el tiempo, ella practicaba con el piano cada día con Sammuel Brown, esperaba recibir noticias por medio de su padre. De vez en cuando él la llamaba para saber cómo estaba y hablaban cuando mucho una hora por la diferencia de horario y porque él no podía hablar mucho tiempo por el costo de la llamada. Sin embargo, cada semana sin falta se comunicaba. Llegado un punto, Ethan y Nathaly hablaban cada vez menos hasta que al final la comunicación se cortó por completo.

Lo último que ella supo de él fue que estaba muy bien en Nueva York, que estaba muy feliz. Ella al escucharlo estaba feliz por él, pero por otro lado sabía que no lo volvería a ver. Pasado el tiempo, ambos tomaron rumbos

distintos y con el tiempo ella cambió.

Su mirada oscureció y la soledad creció dentro de ella. Recordaba como era antes y cuando todo se derrumbó. Ella estaba consciente de su condición y poco a poco lo aceptó.

---*---*---

Capitulo 1.

Ella había decidido salir. Llevaba mucho tiempo encerrada en su habitación, pero fue convencida por su psicóloga que era lo mejor para comenzar una nueva vida. Y este era su segundo paso. El primero fue empezar a tocar el piano y expresar sus sentimientos con claridad, ya que siempre hacía entender que estaba bien cuando no lo estaba. Sus padres estaban preocupados por ella. Nathaly era su bebé a pesar que ya era una adulta hecha y derecha.

Volvió a su antigua academia. Incluso ya tenía una habitación amplia para su movilidad, blanca porque era su color favorito, con grandes ventanas para iluminar con la luz del sol su creatividad. Su característica peculiar que la identificaba era su largo vestido blanco. Para ella ese color significaba la luz que jamás vería, significaba la pureza de alma, la paz que tanto necesitaba. Ella siempre se quedaba de pie frente a la ventana sintiendo el calor del sol penetrar su piel, para escuchar los sonidos de la ciudad. Ella había aprendido un método para componer sus propias melodías, pero nunca las tocaría en público. El único que escuchaba sus composiciones era su maestro el gran Sammuel Brown quien le ayudaba a pulirlos, ya que ella era nueva en el divino arte de la composición. Era más complicado de lo que parecía. Su método consistía en grabar lo que tocaba en el piano y un traductor, en este caso Sammuel, escribir las notas en su cuaderno pentagrama.

Ahora la tecnología ha avanzado considerablemente y ya no necesita un proceso tan largo. Como su familia tiene tanto dinero, invirtió en la creación de un piano adaptado a sus necesidades y tiene consigo incorporado un dispositivo de grabación que con cada nota que ella toque en el piano automáticamente quedará grabado en un dispositivo de USB. Marcus, su nuevo chofer le ayudaba a colocar la USB dentro del piano donde se encontraba la grabadora y una vez que sus manos empezaban a tocar, toda la academia escuchaba y aprendía de su música. Ella era la heroína de muchas de sus múltiples admiradoras, niñas que soñaban ser como ella. Como llevaba algunos años sin tocar sus dedos se cansaban rápidamente, pero aún así eran rápidos. Los más rápidos que han existido hasta el momento.

En la habitación contigua se encontraba la oficina de Sammuel. Quería estar cerca para cuidar de ella. En algunas ocasiones tiene ataques de

pánico al recordar lo sucedido hacía unos años. Cuando era más joven tocaba en los grandes estadios, teatros y en algunos recitales de ballet. Sin embargo, después de su accidente dejó de tocar por segunda vez y en definitivo.

Durante la primaria y la secundaria sus compañeros se burlaban de ella por su condición. Fue tanto el acoso que tuvo que abandonar sus estudios por unos meses cuando tenía dieciséis años de edad y también dejó lo que más amaba en la vida: la música. Recibía mensajes amenazantes que sembraban el pánico en sus padres y tuvo una caída que atentó contra su vida. Con el tiempo no permitía que alguien entrara en su habitación con excepción de sus dos hermanos favoritos. Después conoció a su psicóloga quien le ayudó a superar este miedo a ser rechazada de nuevo por las personas por ser diferente. Ella le hizo ver que era especial y fue cuando comenzó a tocar.

Sin embargo, los acosos no se detuvieron. Decidió regresar a colegio a pesar del sufrimientos y aprendió a ignorarlo. Aunque nunca se sintió más sola en la en la vida. Deseaba tener a alguien a su lado, alguien que la escuchara, que le hiciera compañía. Sus hermanos y sus padres estaban demasiado ocupados como para darle un poco de su atención. Su madre nunca estaba en casa, su padre siempre estaba en su despacho revisando las cuentas, sus hermanos y hermana trabajaban. Sus abuelos siempre estaban discutiendo. Y no tenía amigos en el colegio. Estaba sola. Sumergida en la oscuridad.

Eso era lo que transmitía en sus composiciones.

Un día ella tuvo una recaída. Dejó de ir al colegio de nuevo por un tiempo, ya que estaba en recuperación en el hospital. Sus muñecas estaban heridas, pero no más que si corazón. Lloraba cada noche en su cama, ya ni quería tocar el piano. Sus padres desconcertados no sabían qué hacer con su hija. No querían internarla por temor al escándalo y para evitar los chismes de los periodistas. Ella estaba sola, de nuevo. Su psicóloga intentó hacerse cargo, pero ella no la dejaba entrar en su habitación. Nadie ni sus hermanos más cercanos podían entrar. La puerta estaba cerrada por dentro y sólo ella tenía la llave. Si ellos no querían estar con ella, entonces ella tampoco quería verlos nunca más. Ordenó que sólo su empleada Karina podía entrar, pero ella no se quedaba más de dos minutos; sólo entregaba la comida y luego venía para recoger los platos vacíos.

Tenía un piano vertical de madera negro en sus habitación. Pasados cuatro años después, por primera vez se acercó a él. Sus dedos delicados besaron sus suaves teclas. Tocó una nota que resonó como un eco en su habitación. Sintió algo especial en ese pequeño acto. Tomó asiento en el banquillo, colocó sus manos sobre las teclas sin hacer nada más. Se quedó allí, de esa forma, quieta, en silencio por un par de horas. Cerró

sus hermosos ojos azules un momento y recordó aquellos días de gloria. Frente al público, demostrando al mundo lo que podía hacer. Demostrando que su poder era imparable. Recordó esos días de felicidad. Las cuerdas dentro del piano sonando con cada tecla que sus dedos tocaban, sus pies moviendo los pedales, la seriedad de su rostro, su cabeza moviéndose de un lado a otro, sintiendo la música y sin darse cuenta sus dedos movieron involuntariamente.

Volvió esa adrenalina que hacía mucho no sentía. Se sintió libre por primera vez en mucho tiempo. Su padre estaba en casa cuando escuchó un ruido que provenía de la segunda planta. Subió en carrera y a través de la puerta escuchó a su nena tocar el piano. Echaba de menos ese hermoso sonido. Su padre lloró. Y tocó hasta cansarse como si el tempo no hubiera pasada nunca, tal y como si hubiera detenido tan solo unos minutos hasta que ella volviera a la normalidad. Su frente sudaba, sus dedos eran rápidos, las lágrimas bañaban sus mejillas y su cuerpo respondía con cada nota. Tocó todo el día hasta que sus cuerpo no pudo más y se desmayó.

Pasó un año más hasta que un noche, en que la familia estaba reunida, por primera vez, bajó al gran salón. Allí estaba todos, sus tres sobrinos, sus cuatro hermanos, sus dos cuñadas y su cuñado, su padre y su abuela -su madre se había ido hacía mucho tiempo de la casa, ahora estaba en Nueva Delhi con su novio-. No necesitaba de alguien quien le ayudara porque conocía de memoria su propia casa a pesar de los años en los que estuvo ausente e ignorante del mundo. Todos se sorprendieron cuando la vieron aparecen por aquella puerta de cristal, tímida, con su cabello cayendo como una cascada dorada hasta la cintura, su particular vestido blanco hasta el suelo y sus manos nerviosas jugueteando sobre su vientre. No dijeron una palabra.

- Padre -dijo con voz temblorosa.

- Nathy -dijo su padre disimulando su asombro.

- He decidido volver a tocar el piano.

Finalmente dijo y todos rieron dichosos por la hermosa y tan esperada noticia. Al día siguiente ya estaba en la academia y fue muy bien recibida por su maestro de música, quien esperaba con ansias a que llegara ese glorioso día. Sammuel Brown la recibió con los brazos abiertos y un enorme y caluroso abrazo. Desde entonces sólo han pasados dos meses desde que Nathaly regresó. Sin embargo, le dijo a Sammuel que no quería tocar más frente a un público, tan sólo quería estar allí. Él, a regañadientes, aceptó.

Después de trece años Ethan Brown volvió a Londres para visitar a su padre y darle una buena noticia. Apenas salió del aeropuerto y esperar a

un taxi desocupado, tomó rumbo a la academia de música. Sabía que lo encontraría allí. Con sus maletas grandes y una de mano, llegó a su destino con una enorme sonrisa y con los ojos entrecerrados por el sol en su cara. Suspiró con alivio de sentir que por fin estaba en su hogar. Tomo aire hasta llenar sus pulmones y entró.

Tocó la puerta de la oficina de su padre y este dio permiso. Ethan abrió la puerta y con una enorme sonrisa saludó a su padre quien estaba sentado en su escritorio revisado unos archivos de sus estudiantes con los anteojos puesto en la punta de su nariz. Al ver a su hijo entrar por aquella puerta casi llora de alegría. Hacía mucho tiempo que no le veía, tan sólo se comunicaban por teléfono o por email. Se levantó de su asiento y extendió los brazos para recibir a su único hijo. Ambos estaban emocionados de verse. Sammuel le invitó a sentarse para así hablar más cómodos. Quería oír las aventuras de su hijo después de estudiar en la mejor universidad de artes de Esta Unidos.

En ese momento, entró una pequeña estudiante tímida de diez años, pelirroja de ojos oscuros con pequeñas pecas sobre su rostro. Sammuel la hizo pasar y ella le entregó un sobre amarillo; este agradeció la amabilidad de niña al traer el sobre y le pidió que le dijera a una de las empleadas que les trajera un vaso con agua. Ella asintió y le lanzó una pequeña sonrisa tímida al hombre de cabello negro. Salió de la oficina con a misma velocidad de un leopardo. Abrió la puerta y dejó entrar el sonido de la música que estaban tocando los estudiantes. El himno a la Alegría de Beethoven.

- Es una mis estudiantes -explicó Sammuel-. Toca el violín.

- Me recuerda a alguien -respondió Ethan dibujando una pequeña sonrisa.

- Puedo imaginar de quien se trata -levantó las cejas.

- Ha pasado mucho tiempo. Debe ser una mujer hermosa a estas alturas y viajando por el mundo -bajó la mirada-. Ya debió de haberme olvidado.

- ¿Y por qué no se lo preguntas tú mismo? -alzó la mirada rápidamente y sus ojos se iluminaron.

Sammuel lo llevó a la habitación contigua. Abrió la puerta el sonido de una canción desconocida invadió sus oídos. Una melodía nostálgica que divagaba en lo más profundo de la oscuridad. Sintió un picor en su garganta y le comenzaron a dar ganas de llorar. Se adentró aún más, Sammuel cerró la puerta para dejarlos solos mientras apretaba los labios. Ethan buscaba con la mirada la persona responsable de esta hermosa composición.

Allí la vio y sus ojos brillaron como el sol. Sentada frente a la ventana agitando su bello y dorado cabello. Tan hermosa era la vista que tenía enfrente que sus sentidos se paralizaron en dos segundos. A quien tenía en la mente era a la pequeña niña de seis años, cabello rubio, ojos azules y labios carnosos y rosados. Ahora estaba viendo a una mujer de cintura delgada, pestañas largas, cabello dorado suave y sedoso, labios rojos cuan carmín, de tez blanca. Había cambiado mucho. Tocaba el piano como una profesional, con tanta pasión su tonada de aguda cambió a una tonada grave a Do mayor. Frunció el ceño con expresión de enfado, apretó sus labios y hundió su cabeza en el teclado. La furia se apoderó de su cuerpo, fuego era lo que corría por sus venas. La tristeza se fue y la sustituyó la ira.

Ethan estaba desconcertado por este cambio tan repentino. Una obra maestra , tal y como él la recordaba: un ángel caído del cielo con dedos mágicos. Las lágrimas invadieron empaparon sus mejillas rosadas. Cada gota cayendo sobre sus manos, mojando sus labios. La tonalidad volvió a ser aguda, y la canción no dejó de sonar hasta que sus dedos terminaron con su deber. Acabó, pero sus sufrimiento se expandió sobre su pecho. Nathaly se abrazó así misma y lloró inclinándose hacia adelante y su cabello cubrió su hermoso rostro. Dolía y dolía mucho.

Después de unos minutos recobró la compostura. Ethan, se había quedado allí sentado el sofá blanco en medio de la sala, observando y preguntándose por qué estaba sufriendo. Se quedó en silencio, hasta que ella dejó de llorar y terminara de limpiar las lágrimas de su hermoso rostro con sus delicadas manos. Comenzó a tocar otra canción, esta vez una conocida. Sonata N° 21 de Mozart.

Quería tranquilizar su corazón. Como siempre su interpretación fue impecable. A pesar del tiempo que había pasado, nada había cambiado. Al finalizar, ella se sintió mucho mejor, como si hubiera liberado a su alma de un terno sufrimiento que la mataría lentamente. Ethan hizo su introducción con teatralidad aplaudiendo tres veces propagándose en un eco por toda la habitación. Nathaly no sabía de dónde provenía.

- ¿Quién está ahí? -dijo con temor y se volteó de espaldas al piano. Su corazón palpitaba con fuerza.

- ¿Así saludas a un viejo amigo? -respondió Ethan ,con una sonrisa en el rostro.

Nathaly puso cara de desconcierto porque esa voz no la había oído jamás. Hacía mucho tiempo que no hablaba con Ethan, así que por obvias razones no tenía cómo reconocer al dueño de esa voz grave y atractiva.

- ¿Quién es? -estaba paralizada. No podía moverse de su asiento. No

sabía qué hacer.

- ¿Cómo es posible que tengas tan mala memoria? -Ethan se puso de pie y comenzó a caminar en círculos a su alrededor para confundir sus sentidos. Tan solo estaba jugando con ella.

- No lo conozco -dijo con temblor en la voz.

Se acercó a ella de espaldas y susurró en su oído.

- Pero yo sí conozco todo de ti -Nathaly se estremeció.

Ethan se colocó de frente y se inclinó un poco. Nathaly sintió su respiración muy cerca de ella. Él observó sus grandes ojos detenidamente. Extremadamente azules. Podía su reflejo en ellos. Abría y cerraba los ojos con nerviosismo haciendo bailar su largas pestañas. Ethan separó sus labios con el dedo pulgar. Nathaly sentía que el aire se escapa de los pulmones. Respiraba cada vez más fuerte. ¿Qué debía hacer? Ethan estiró sus labios a pocos centímetros de ella. En ese momento él soltó un poco de aire entre sus dos grandes ojos azules.

En ese momento supo quien era. Etha Brown solía hacer eso cuando era una niña tan solo por el placer de verla enfadada.

- ¿Ethan?-se aseguró que era él primero.

- ¿Quién más va ser, tonta? -dijo burlón.

- ¿Qué haces aquí? ¿No se supone que estabas en Nueva York?

- Estaba, pero si quieres puedo regresar.

Ella no reaccionó ante su comentario. Ethan no esperaba esa respuesta.

- Debes estar enojada porque me fui -su voz de decepción-, ¿cierto?

- No -dijo ella con seriedad.

- ¿Por qué? Deberías estar odiándome.

- Lamento decepcionarte, pero no eres tan importante como para permitirme odiarte -dijo sin vacilar. Ni un rastro de emoción-. Tengo mejores cosas que hacer.

Ethan estaba desconcertado. No esperada, definitivamente, este tipo de respuestas de parte de su antigua estudiante y, esperaba, amiga de la infancia. No sabía cómo responder a tanta indiferencia. Siempre fue cálida, dulce, alegre. Ahora era fría, dura como una ropa y su mirada

reflejaba sufrimiento. ¿Qué había ocurrido con aquella niña que sonreía todo el tiempo? Extrañaba esa sonrisa que siempre le alegraba el día. Pensaba que después de tanto tiempo, las cosas serían como antes, pero todo cambió. Y ella también. Se puso de pie y dio unos pasos hacia atrás. Estaba frente a una extraña, pero sabía en su interior que aquella niña seguía dentro de ella. Que en alguna parte ella estaba ocultándose.

- ¿Puedo preguntar qué haces aquí?

- Claro -respondió con naturalidad, como si no pasara nada. Apoyó su brazo izquierdo en el borde del piano-. Vine de visita.

- Así que te vas de nuevo -de nuevo sin expresión alguna. Tan solo un levante de cejas.

- Sí, bueno, tal vez.

- No entiendo -frunció el ceño confundida.

- Vine para hablar con mi padre. Tengo buenas noticias y quería decirle en persona y de paso quise venir a saludar -por alguna razón esperaba que él hubiera vuelto por ella. Pero cómo podría ser eso posible si ella no significaba nada importante para él. Al menos era lo que ella pensaba-. Quisiera hablarte sobre estos años que estuve lejos. Como en los viejos tiempos.

Claro, como en los viejos tiempos -pensó ella.

- Podríamos ir a tomar algo, si quieres.

- Gracias por la invitación, la tendré en cuenta.

Hubo un breve silencio.

- ¿Es todo? -preguntó él confundido.

- ¿Esperabas algo más?

- Bueno, para ser honesto sí -parecía molesto-. Esperaba platillos, trompetas y gritos de emoción -ella no dijo nada más y se limitó a mirar a la nada. Como siempre-. ¿Ocurre algo?

- ¿Por qué lo dices?

- Porque no eres como la de antes.

- Las personas crecen, Ethan. No esperarías que siguiera siendo la misma niña de seis años que andaba detrás de ti como un perro y se riera de tus

malos chistes ¿o sí?

- No, pero... -estaba exasperado. Ni siquiera él sabía qué esperaba.

- Entonces no hay más que decir.

Ethan por primera vez en su vida no sabía qué decir.

- Si no te molesta -se dio la vuelta cara al piano-, debo continuar con mi práctica. Tengo una presentación muy importante en unos días -mintió.

Ethan asintió con la cabeza -un gesto involuntario considerando que ella no podía ver- y se marchó a buscar a su padre. Ella fingió que iba a prepararse para tocar el piano. Al encontrarse con su padre, su rostro mostraba una expresión diferente a la que tenía antes.

- ¿Qué sucede hijo? -preguntó Sammuel preocupado.

- No sucede nada.

- Bueno no importa. Esta noche vamos a celebrar tu regreso.

Sammuel estaba emocionado, y colocó su brazo sobre su cuello y se dirigieron a la salida -él ya había guardado sus maletas en el auto mientras hablaba con Nathaly- para irse a casa. Aunque Ethan seguía desconcertado. Mientras tanto, Nathaly en su habitación, celebraba su reencuentro con la única persona, además de su familia, que nunca la rechazó. Tocaba el piano con felicidad aunque su expresión demostraba lo contrario. Ella estaba feliz, pero no quería aceptarlo abiertamente. Sabía que si lo hacía tendría otra decepción y no quería seguir sufriendo.

No más.

---*---*---

Capitulo 2.

Al día siguiente Sammuel buscó a Nathaly para invitarla a la fiesta de bienvenida que él estaba organizando para el viernes. Nathaly se negó a ir. Sammuel desconcertado le preguntó por qué no quería asistir y ella respondió que simplemente no quería. No estaba de humor para fiestas después de todo lo que pasó. Apenas tenía un par de meses fuera de casa. Sammuel le aconsejó que fuera porque sería un buen método para seguir adelante y conocer nuevas personas. Tal vez así no se sentiría sola. Ella respondió que lo pensaría hasta el viernes. Él estuvo complacido por su respuesta, ya que era más de lo esperaba.

Ethan regresó durante la semana para ayudar a su padre en la academia, ya que por el momento estaba sin oficio en su casa. Así que ayudaba a cargar cajas con instrumentos nuevos y llevaba los viejos a las escuelas para donarlos. Cada vez que pasaba por la habitación en la que estaba Nathaly la escuchaba tocar el piano, siempre la misma canción. ¿Por qué? -se preguntaba. Entró en la oficina de su padre. Allí estaba Sammuel como siempre con sus gafas en la punta de la nariz. Levantó la mirada hacia su hijo y preguntó:

- ¿Qué sucede Ethan? -su voz grave y profunda.

- Nada -dijo intrigado-. Es solo que me estaba preguntando cuándo es el recital de Nat. Nunca tuve la oportunidad de verla tocar frente a un público además de aquel festival.

- ¿Recital? -preguntó Sammuel confundido-. ¿Cuál recital?

- Nat, me habló que estaba practicando para un recital próximamente.

- No hay recital en esta época. La temporada comienza hasta dentro de cuatro meses -explicó.

- ¿Entonces por qué me dijo eso?

- No lo sé. Eso tendrás que preguntárselo tú.

- Eso haré.

¿Por qué le mintió? ¿Qué necesidad había en hacerlo? No entendía la razón de porqué ella quería alejarse de él. Su actitud le hacía entender que ella lo odiaba por haberse ido. No se daba cuenta que la verdad era otra, pero aún así se determinó a recuperar el tiempo perdido con su amiga. Así que se dirigió a la habitación donde practicaba con la intención de hablar con ella y averiguar qué había pasado durante el tiempo que estuvo fuera de su vida. Tocó la puerta con fuerza porque Nathaly no lo escuchaba por el sonido del piano. De pronto escuchó un ruido fuera y dejó de tocar. Prestó atención. Alguien tocaba la puerta, ella dio permiso y este entró.

- ¿Nat?

¿Ethan? ¿Qué hace aquí? -se preguntó. Su cuerpo se congeló y sintió un calor expandiéndose en sus mejillas. Su corazón se aceleró en dos segundos con escuchar su voz; sin embargo, serenó su rostro para no mostrarle a él lo que era tan evidente.

- ¿Podemos hablar?

- Claro -dijo con naturalidad. Se volteó de cara al sofá, sabía que estaría allí. Siguió el sonido de sus pasos y efectivamente él tomó asiento en el sofá-. ¿Qué ocurre?

- ¿Por qué estás evitándome?

- ¿Qué? -la pregunta le tomó por sorpresa-. ¿Por qué lo preguntas?

- Porque tengo la leve impresión que estas evitándome por alguna razón que desconozco.

- No sé de qué me hablas.

- ¿Es por algo que hice o dije ayer que te hizo sentir mal? -estaba determinado a averiguar qué ocurría-. ¿O acaso tengo razón en decir que me odias por haberme ido?

- No es nada, Ethan.

- Quería pasar tiempo contigo por todo estos años que estuve lejos.

Estaba siendo sincero con ella. Nathaly no sabía qué debía decir para que no pensara mal, pero sentía una necesidad de alejarlo de ella. Sentía que era su deber evitar que él se involucrara en su mundo. ¿Cómo podía hacérselo saber sin dar muchas explicaciones? Ethan quería arreglar las cosas, Nathaly era una persona muy importante para él. Un recuerdo hermoso que no quería que se esfumara nunca. Quería formar parte de su vida de nuevo. Le explicó que era una gran oportunidad que no podía rechazar. Estudiar en la mejor universidad de artes haría que en su trabajo lo tomaran en serio. Ella lo entendía perfectamente y no lo reprochaba. Podría sonar como un cliché, pero no era él era ella. Su vida había cambiado desde el día en que subió en aquel avión. La de ambos cambió.

- Ethan -lo interrumpió-, está bien. No tienes que justificarte. Lo entiendo.

Su voz sonaba tan tranquila, tan comprensiva. Si ella lo entendía, entonces ¿por qué puso distancia entre ellos? No tenía sentido, algo andaba mal. Él lo sentía en su corazón. Algo no estaba bien entre ellos. Algo que él no podía ver con sus ojos. Para tranquilizarlo, le propuso ir a tomar algo después de ensayar y que ahí platicarían con calma. Él aceptó la invitación dichoso y satisfecho.

Él se marchó y continuó su trabajo el resto del día. Ahora se sentía más

aliviado y su corazón más ligero.

Al pasar las horas que se hicieron eternas, Nathaly estaba más ansiosa y para expresarlo comenzó a componer otra pieza un poco más rápida. Las notas graves simulaban el latido acelerado de su corazón y las notas agudas se asemejaba al temblor que sentía en todo su cuerpo. Le sudaban las manos, su cuerpo vacilaba, los vellos de piel se erizaban, la adrenalina corría por sus venas con desesperación. Ya no sabía lo que estaba tocando. Su mente se alejó. Estaba en blanco. Era como si hubiera olvidado como tocar el piano. Algo que era tan fácil, tan normal e involuntario se convirtió en algo desconocido, ajeno.

Dejó de tocar y sus manos comenzaron a temblar exageradamente. Se sumergió en el pánico y el terror. El miedo se apoderó de ella por completo. No podía pensar en otra cosa para calmar sus nervios. Escuchaba voces que provenía de su imaginación. Sentía golpes que no existían. Las palabras destrozaban sus oídos. Los recuerdos atormentaban su mente frágil e inocente. El sufrimiento nuevamente surgió para hacerle daño. El dolor era tan grande que sentía que su pecho se hundía en un enorme hueco vacío y oscuro. Las lágrimas comenzaron a caer sin permiso desesperadamente. Y en ese momento sintió más oscuridad que la de sus ojos no videntes. Escuchó risas, burlas, insultos. La respiración le faltaban en los pulmones.

_____//_____//_____

Ethan estaba en la entrada esperando a Nathaly quien no llegaba. Revisó como tres veces la hora de su móvil. Era notable la alegría en su rostro y la desesperación en su cuerpo. estaba ansioso por estar con ella. Recuperar el tiempo perdido y arreglar aquel problema que les separaba uno del otro. En ese momento ella apareció detrás de él colgando del brazo de Marcus. Esperó a que el tono rojizo de sus ojos, debido a las lágrimas, se disipara.

Él la vio aparecer justo cuando ella sonó su garganta para hacerle saber de su presencia. La recibió con una gran sonrisa. Ethan le dijo a Marcus que desde ahora él se encargaba de ella y que él la llevaría a casa en la noche. Ella asintió con la cabeza dando a entender que estaba bien, que se podría ir a casa y que no se preocupara. Luego ella le dio la orden de decirle a su padre con quien estaba en caso de que él preguntara y Marcus accedió a su petición. Ethan tomó la mano de Nathaly y la envolvió en su brazo para guiarla hasta el auto que su padre le había prestado. Le abrió la puerta y le ayudó a entrar en el auto de dos puertas rojo vino. Conducía un Bentley Continetal GT Speed, un modelo elegante con asientos de cuero, motor W12 de 6 litros, doble turbocompresor, 48 válvulas y cuatro levas de 625 CV, (460 kW, a 6.000 vueltas) y 800 Nm de par. Para soportar tantos caballos y pretender ser un lujoso auto deportivo las suspensión y la dirección se ha mejorado y se ha rebajado la

altura de la carrocería y se han incorporado ll Alcanza una velocidad máxima de 329 km/h y acelera de 0 a 100 km en 4,2 segundos. La transmisión automática ZF de 8 velocidades, con relaciones de cambio cortas, equipada con un software de control adaptable inteligente, realiza cambios de marcha rápidos, sin detrimento del confort y ayudando además a reducir el consumo en un 12%. En resumen: es un auto de lujo y el más rápido en la historia según la marca británica. Sammuel Brown era un apasionado de los autos deportivos y le gustaba impresionar a sus constantes citas cada fin de semana.

Nathaly se colocó el cinturón de seguridad como siempre. Ethan encendió el motor y lo puso en marcha con precaución, ya que sabía lo rápido que podía ir ese auto. La llevó a un café muy famoso del que todo el mundo hablaba y él había oído hablar que últimamente había crecido. Quería ir allí y comprobar los buenos comentarios del lugar; así que la llevó a Westminster. Estacionó cerca del café y ayudó su acompañante a bajarse del auto. Luego siguiendo directo hacia el café caminando juntos del brazo. El corazón de Nathaly iba a explotar de eso estaba segura; en cambio Ethan estaba tranquilo.

Al llegar, una señorita rubia les atendió con amabilidad y los guió hasta un segundo piso, ya que el primero estaba repleto de gente. Ella pidió un pastel de zanahoria y un capuchino, y él pidió un moca con un pastelillo de carne, albahaca y hongos. Ella le pidió que le contara todo acerca de su viaje. Estuvieron hablando durante horas o mejor dicho Nathaly escuchaba a Ethan quien le hablaba de sus amoríos, de su música, de su trabajo, de la energía que se sentía en Nueva York y que quería volver.

- Entonces, ¿vas a volver?

- Por supuesto que sí -contestó emocionado-. Ahora tengo una vida allí. Mi trabajo, mi... -se detuvo un instante.

- ¿Tú qué? -vaciló un momento, pero contestó a su pregunta.

- Mi vida. Pero, bueno, no hablemos de mí. Quiero escuchar de ti.

- No hay nada que escuchar de mí.

- ¿Cómo no? -insistió-. Estoy seguro que tienes muchas historias de los lugares que has visitados en tus conciertos. Yo sabía que llegarías muy lejos, siempre tuve fe en ti y en tú talento. Tanto que ahora estas ensayando para un recital dentro de poco, ¿verdad?

Atrapada en su propia mentira. No sabía como desmentir lo dicho anteriormente.

- Bueno, te equivocas. Desde que estuve en Sydney no he salido del país.

Comenzó por ser sincera. Luego le dijo que decidió rechazar varias ofertas después un tiempo para concentrarse en sus estudios y que hasta hace poco tiempo retomó su carrera. No le habló de ese oscuro pasado que atormentaba su sueño cada noche y por supuesto sus días. Él no tenía porqué saberlo.

Comenzó por ser sincera. Luego le dijo que decidió rechazar varias ofertas después un tiempo para concentrarse en sus estudios y que hasta hace poco tiempo retomó su carrera. No le habló de ese oscuro pasado que atormentaba su sueño cada noche y por supuesto sus días. Él no tenía porqué saberlo.

El aceptó su respuesta como la verdadera porque no tenía más elección que hacerlo. No le dijo más y él aprovechó el momento de pedirle a Nathaly que lo acompañara a su fiesta de bienvenida. Ella primero se negó, pero Etha le dijo que sería algo especial para él que ella asistiera. Sintió un vuelco en el estómago y aceptó. Después de un par de horas más, Ethan pagó la cuenta y ambos se fueron hacia la casa de su padre. Nathaly estaba muy nerviosa al estar al lado de Ethan. Sus manos temblaban y no era por frío. Desde hacía tiempo que estaba así e Ethan lo notó mientras estaban tomando café. Las observó de nuevo de reojo mientras conducía.

- ¿Tienes frío? -quiso disimular su inquietud.

- No -respondió ella con seguridad.

- Entonces, ¿por qué tiemblas?

- No es nada.

Eran las secuelas del ataque de pánico que había tenido en la academia, pero era demasiado orgullosa para admitirlo.

- Sólo estoy nerviosa -dijo con voz temblorosa.

- ¿Por qué?

- Es mi primera fiesta.

- Eso no puede ser verdad -bufó y soltó una pequeña sonrisa. Ella no dijo nada y no entendía porqué él se burlaba. Él la miró desconcertado y dijo-: ¿Cómo es eso posible? -ella levantó los hombros.

- Nunca me invitaron a una.

- Eso es imposible -no podía creer lo que le estaba diciendo. Una niña tan linda debió haber sido una chica muy popular. Era realmente absurdo pensar que lo contrario.

- Eso no es verdad. Estas mintiendo.

- ¿Por qué mentiría?

- No lo sé. Modestia tal vez -ella bajó la mirada molesta.

¿Modestia? ¿Qué sabe él? Nada -pensó Nathaly.

- Pero si has tenido novios -ese comentario la hizo estremecer. Abrió los ojos como platos.

No hubo respuesta.

- Y tú primer beso, ¿cuándo fue? -paseó su mirada de ella hacia el camino una y otra vez. Tampoco respondió-. No lo entiendo.

- ¿Qué cosa? -lanzó una mirada inocente.

- Todo lo que me dices -replicó-. Es ridículo. Eres una mujer hermosa y con muchas cualidades, estoy seguro que te sobran pretendientes.

- No digas incoherencias -dijo ella irritada por su comentario. Aunque por dentro estaba feliz de que él creyera que es hermosa. Ella no lo creía. Cada vez que se ponía frente al espejo no lograba ver nada y no por su invidencia, sino porque ni ella misma sabía cómo lucía. Aún tocando su cara, podía darse ni una leve idea.

- Estoy seguro que no te has dado cuenta.

Era imposible creer que una mujer con cara de ángel ni un beso hubiera dado. Eso le enternecía. ¿Era así de inocente? ¿Qué clase de mujer era ella? Después de haber estado en Nueva York era difícil pensar que aún existían mujeres como ella. Estaban en otra época donde las mujeres disfrutaban de su sexualidad libremente, bebían, iban a fiestas y era algo normal. Esto le hizo pensar que tal vez ella era virgen y eso le inquietó por alguna razón. Y efectivamente, tenía veintitrés años y nunca había estado con un hombre en su vida. Y tampoco pensaba en ello. Simplemente pensó que eso jamás le llegaría a pasar por culpa de su condición.

¿Quién querría estar con una mujer ciega? -siempre pensaba.

El camino fue silencioso como siempre ha sido su alma, lo que era nuevo para Ethan quien siempre tenía una respuesta para todo. "Hermosa" esa palabra rondaba la cabeza de Nathaly. Nunca nadie le había dicho eso antes. Sus mejillas se tiñeron de rojo vivo en su piel blanca. Intentó cubrir el rubor de su compañero de viaje volteando la cabeza hacia el lado contrario a él.

Al llegar a la casa de Sammuel, Ethan logró ver y Nathaly escuchó a muchas personas entrar a la mansión en Kensington una de las zonas lujosas de Londres o mejor dicho el famoso "barrio de los millonarios". Sammuel Brown desciende de una de las familias más adineradas de Reino Unido y muy pronto Ethan Brown heredará su fortuna. Al ver -y oír- a todas esas personas, Nathaly empezó a arrepentirse de su decisión. Quería regresar a la paz y tranquilidad de su hogar. Además era de suponerse, en los periódicos siempre salían encabezados de las famosas fiestas de Sammuel Brown, a pesar de ser un hombre recto, intachable y mundialmente conocido como el mejor músico de su generación también era conocido como el hombre que daba las mejores fiestas de toda Londres. Para Sammuel una pequeña reunión no era suficiente, él quería celebrar la llegada de su hijo en grande. Además, se decía que de vez en cuando podías conocer a personas famosas en aquellas fiestas si tenías suerte. Estrellas como Hugh Grant quien vive allí cerca o incluso Mick Jagger que tiene una casa en Chelsea.

Nathaly quería regresar, pero Ethan le dijo que él siempre estaría a su lado lo que le dio más confianza para continuar. Ambos ingresaron a la gran mansión y uno de los bale service recibió las llaves del auto Ethan ayudó a Nathaly a bajar del auto. Conforme iban entrando Ethan saluda a los invitados quienes bebían de sus copas un poco de whisky, ron, cocktails, champagne y otras botellas que estaban perfectamente colocados en el mini bar. La música sonaba fuertemente por todos los rincones de la enorme casa. Nathaly quien colgaba del brazo de Ethan se aferró a él con fuerza. Él sintió sus agarre y puso una mano sobre la suya para calmarla.

En ese momento Sammuel vio llegar a su hijo y corrió hacia él para saludarlo. Lo abrazó con fuerza haciendo que ambos se soltaran. Por un momento Nathaly perdió el balance de su cuerpo, como si le hubieran quitado una parte de ella. Juntó sus manos y las dejó caer. Sammuel la vio y le dio un caluroso abrazo. Su aliento alcoholizado golpeo su nariz. Disimuló una mueca de asco. Al vivir toda su vida en la oscuridad le dio la oportunidad de agudizar sus otros sentidos para compensar el que no tenía. Sammuel le agradeció de que hubiera venido.

Ethan llevó a Nathaly a un lugar seguro donde sabía que no le ocurriría nada: el salón de lectura. Había una chimenea en el fondo, unas cuantas

personas, y muchos libros y adornos valiosos de la colección de su padre. Era el lugar más tranquilo de la casa. Sabía que a Nathaly no le gustaban los bullicios. Nathaly tomó asiento en un sofá de cuero sin respaldar para apoyar la espalda. Allí estuvieron unos minutos hasta que una mujer vino a saludar a Ethan. Ella le dio un beso en la mejilla y éste sonrió coqueto complacido por el gesto.

- Espero que tu novia no sea celosa -dijo la mujer con descaro.

- Tranquila, no lo es -sonrió con picardía. Ella se mordió el labio, pasó su mano por su hombro delicadamente y se fue.

Ante el comentario de la mujer, Nathaly se paralizó. Sus mejillas se tornaron rosadas.

¿Novia? -se alarmó-. ¿Pero quién se cree que es? -más enojada estaba avergonzada-. Apenas tomamos un café si acaso -efectivamente estaba exaltada, pero muy en el fondo le gustaba la idea.

Él continuó su conversación sobre la música y de cómo se convirtió en el próximo director de la orquesta sinfónica de Nueva York como si nada hubiera pasado. Las palabras "hermosa" y "novia" nunca abandonaron su cabeza. No podía concentrarse en sus palabras después de todo lo demás. Por alguna razón se sentía realmente especial para él. Por tercera vez Ethan le ofreció algo de tomar, pero ella se negó.

Hubo un momento que Ethan tuvo que irse y dejarla sola a Nathaly a quien no le gustó la idea porque estaba sola y no conocía ni a una sola persona en aquel lugar ya tampoco podía moverse de su asiento porque no conocía el lugar. Fueron cuarenta minutos más largos de toda su vida hasta que Sammuel, ya un poco ebrio, hizo parar la música e invitar a todos a acercarse a él. Todos como abeja a la miel se acercaron a él emocionados por escuchar unas palabras de su anfitrión. Comenzó con una larga introducción del viaje al otro lado del mundo que hizo su hijo para cumplir sus sueños y que por fin estaba en casa. La multitud aplaudió. En ese momento Ethan subió unas cuantas gradas de la enorme escalera, su padre le dio un fuerte abrazo y éste comenzó con breve agradecimiento. Nathaly a duras penas logró llegar hasta donde estaban todos reunidos y apoyó su espalda sobre la pared. Tenía una sonrisa poco disimulada.

- Muchas gracias a todos por venir aquí hoy -dijo emocionado-. Quería decirles que mi sueño nunca hubiera podido cumplirse sin mi mejor amigo de toda la vida: mi papá -todos volvieron a aplaudir-. Gracias papá por apoyarme siempre -Sammuel estaba a punto de llorar. Ethan continuó-. Pero sobre todo le debo las gracias a una persona que siempre estuvo conmigo en este proceso, una persona a quien le debo su compañía, paciencia y comprensión -Nathaly se estremeció al escuchar sus palabras.

Era ella. Todos rieron-. Siempre estuvo en mi pensamiento y a pesar de los años sigue estando en él y ahora ocupa mi corazón -los invitados conmocionaron. Nathaly se sonrojó -No tenía que hacer esto-, pensó-. Ahora les quiero presentar a esa persona tan especial para mi.

En ese momento Nathaly se enderezó esperando que Ethan fuera por ella, pero nunca llegó. Ethan extendió su brazo hacia arriba y una mujer de cabello castaño bajó por aquella escalera. Tomó la mano de Ethan sonriente y él la presente ante todos los presentes.

- Les quiero presentar a Melissa Smith, mi prometida.

En ese mismo instante, algo dentro de Nathaly se rompió en mil pedazos. El gentío aplaudía felicitando a los futuros señor y señora Brown. Nathaly no pudo evitar las lágrimas y con dificultad salió hacia la entrada principal. Un hombre acercó a ella y le preguntó si se encontraba bien y ella no respondió. Ella, entre sollozos, le preguntó si podía marcar un número en su móvil y él accedió. Ella dictó el número y el muchacho le dio el teléfono.

- Marcus -exasperada dijo-: por favor ven por mí.

El chofer rastreo la llamada y se fue en carrera por el auto. Nathaly con el corazón roto apoyó su espalda en la columna de la entrada y lo único que podía hacer era llorar y esperar a Marcus quien llegó en menos de quince minutos. Le hizo saber que era él, la tomó por el brazo y se la llevó a casa. No podía dejar de llorar y de abrazar su estómago con los brazos. Al llegar a su casa se encerró en su habitación y lloró toda la noche hasta que se quedó dormida. Ella se hizo ilusiones sola. Ethan no le dio motivos para creer que estaba interesado en ella de la manera que ella quería. Tan sólo estaba siendo amable. Siempre le dejó claro que eran amigos y ella quería entender eso, pero su corazón recordó lo mucho que lo quería desde que era una niña y dejó que sus emociones se apoderaran de ella de nuevo. Ahora era demasiado tarde. Pasó lo que más temía en el mundo: sufrir.

Ella lo ignoró todos estos años, pero su corazón recordó lo que su cabeza había olvidado.

- Que estúpida soy -susurro para sí-. Que estúpida.

---*---*---

Capitulo 3.

Han pasado cinco días después de lo ocurrido en la fiesta de bienvenida para Ethan. La noticia de su compromiso con Melissa Smith fue la sensación del momento durante todos estos días en los periódicos y

revistas de chismes. La hermosa pareja del famoso director de la Orquesta Sinfónica de Nueva York se casaba con la hija mayor de una de las familias más poderosas de Inglaterra. La familia Smith, dueña de seis casas por toda Europa y una en Norte América, dueña de una de las empresas en telecomunicaciones más importantes del país y accionista en múltiples empresas de gran importancia en el mundo de los negocios. Melissa Smith fue catalogada como una hermosa con un gran cerebro -evaluado por el MIT- y con un olfato para los negocios increíble.

¿Cómo se conocieron? -fue la pregunta más importante de su entrevista para la revista GQ- Inglaterra.

Ethan y Melissa fueron novios en la secundaria. Ella fue su primera novia antes de haberla engañado numerosas veces con otras chicas en el pasado. Ethan al mudarse a los Estados Unidos dejó atrás su recuerdo. Años después Ethan la vio en un bar famoso en Nueva York y a partir de ese momento comenzaron a salir de nuevo. Melissa le había dicho que no quería nada con él, pero Ethan insistía en conseguir su corazón. Para él siempre fue un juego y los corazones rotos un trofeo. Ella lo frecuentaba de vez en cuando. A veces iba a algunos conciertos en los que dirigía Ethan cuando tenía tiempo para ir.

En ocasiones salían a cenar y mientras más salían juntos más conexión sentían. Una noche en que fueron a un bar al frente del Central Park, se pasaron las copas y sus mentes estaban más nubladas. A la mañana siguiente amanecieron juntos en la misma cama, desnudos y sin memoria de nada; pero eso no importó. No se sintieron culpables, lo aceptaron y continuaron por un cuatro años hasta que una noche, Ethan llevó a Melissa al hermoso restaurante de un hotel lujoso. Después de un par de copas, una deliciosa cena y una fluida y agradable conversación Ethan sacó una pequeña caja roja de su bolsillo con un hermoso anillo de bodas con un diamante corte princesa de cinco quilates con un grabado en el aro que decía: Te amo.

Durante la entrevista omitieron algunos detalles, pero la historia conmovió a todas las lectoras de la revista, quienes deseaban tener una historia de amor tan hermosa y perfecta como la de esta pareja que sacudió a Inglaterra. Principalmente el de Nathaly O'Donell, quien sufrió por unos días hasta que su corazón se endureció como una roca. Al menos por fuera. Ella comprendió que nunca fue una candidata para él, pero aún así dolía.

Nathaly volvió a la rutina de siempre, pero algo había cambiado. Ya no era la misma de siempre.

Y allí estaba ella. Tocando el piano como siempre. Sueño de amor de Franz Liszt. Una obra magnífica que reflejaba lo que sentía por dentro. Un sueño de amor era lo que ella más quería en este mundo y lo deseaba con

el hombre que ella amaba, aunque fuera por tan solo un día o unas horas; para ella serían como tocar el cielo. Sin embargo, ella ahora había abierto los ojos, ese era tan sólo un sueño muy lejano.

Ethan entró a su habitación con toda la confianza como cuando era niños. Él amaba escuchar a Nathaly tocar como los ángeles. Era dulce, suave, inocente, tierno. Impecable, magnífico, hermoso. Sus movimientos fluidos y automáticos y magistrales. Delicados y preciosos, dignos de escuchar y apreciar. Nathaly y sus manos mágicas iluminan el corazón más triste de cualquier persona. Al terminar de tocar esta hermosa canción Ethan estuvo a punto de aplaudir hasta que ella comenzó a tocar otra canción de un talentoso músico coreano llamado Yiruma, Kiss the rain. Una canción que describía exactamente como se sentía Nathaly por dentro. Aunque ya había tomado la decisión de dejar sus sentimientos en el abismo del olvido, no dejaba de doler en su corazón.

En ese momento fue la primera vez que él la escuchó cantar de verdad. Siempre se había imaginado su voz, pero nada se comparaba con lo que estaba escuchando allí, en vivo y a todo color. Su imaginación no se comparaba con la realidad. Su voz no se comparaba con la de nadie. Inconfundible. Perfecta. Melódica. Dulce. Hermosa. Entonada. En ese momento sí creyó que de verdad era un ángel caído del cielo. Porque ella, su manos y su voz definitivamente no eran de este mundo. Impecable. Incomparable. Inusual. Perfectamente perfecta.

And every night
I lie awake
Thinking maybe you love me
Like I've always loved you
But how can you love me
Like I loved you when
You can't even look me straight in my eyes...

Una voz meramente mágica. Angelical.

Sus labios se movían acorde con sus dedos sin equivocarse ni una sola vez. Su voz aguda resonaba en sus impresionados oídos. Cantaba sin desafinar, sin perder la concentración, sin dudar ni una sola vez. ¿Cuántas veces habrá practicado aquella canción? ¿Cuántas veces la habrá cantado? ¿Cuántas veces sus labios vírgenes habrán pronunciado aquellas palabras que hieren? Su voz congeló su corazón. Sus mejillas se tornaron rojas por la excitación. Era como tener un orgasmo musical. Estaba complacido por escucharla al fin. Sintió que flotaba en las nubes allí mismo. Pensó que estaba tocando el mismísimo cielo. Estaba fascinado. ¿Cómo era posible que un ser así de perfecto existiera en esta mundo? Ella era un ser que brillaba por sí solo. Un ser único.

The waters calm and still
My reflection is there
I see you holding me
But then you disappear
All that is left of you
Is a memory
On that only, exists in my dreams...

Su voz además de ser hermosa, denotada un poco de nostalgia y su expresión mostraba dulzura y tristeza. Esta vez ella no lloró, aunque lo deseaba. Sin embargo, reprimió su sufrimiento y lo guardó dentro de su corazón para así no demostrar esa debilidad que todos pensaban que no existía a pesar de su condición. Al terminar la canción abrió los ojos, dándole a Ethan la oportunidad de admirar sus dos perlas azules. Él le dio unos cinco segundos y después -como antes lo planeó- aplaudió. Nathaly dio un pequeño salto de exaltación.

- ¡Bravo! -gritó Ethan alabándola- Bravo -repitió con la voz más baja.

- Ethan, ¿qué haces aquí? dijo sorprendida.

- ¡Quise escuchar a mi alumna tocar! -exclamó.

- Ex -ella corrigió.

- Perdón?

- Ex alumna.

Ethan estaba sorprendido por su respuesta rápida. Decidió ignorar su escepticismo y asintió con una sonrisa mirando al suelo sin percatarse que ella no podía ver su acción.

- Claro, ex -dijo con decepción en su voz.

- ¿Hace cuánto estás aquí?

- El tiempo suficiente para maravillarme con tus espléndidos talentos. Nunca pude escuchar tu voz. Nunca me lo permitiste. Es... -se detuvo para elegir el adjetivo ideal para ella- Magnífica. Pura. Impecable.

- Detente, por favor -bajo su cabeza avergonzada y con las mejillas rojas.

- Solo digo la verdad -insistió-. Tu voz es...

- ¡Basta! -gritó con fuerza-. Detente, por favor -dijo esta vez entre

susurros. Su fuerza impactó a Ethan.

- ¿Por qué te molesta tanto que te elogien?

- Eso no es cierto -ella refutó-. No permito que tú me elogies.

- ¿Por qué? -él replicó.

- ¿Por qué eres tan bueno conmigo?

- Y ¿tú por qué eres tan fría?

En ese momento ella alzó la cabeza con la típica altanería de los O'Donell y lo miró con aquellos ojos grandes, serios y fríos como el hielo. Tan fríos que congelaron los nervios de Ethan y sus vellos se pusieron de punta. Nathaly se puso en pie, apretó los puños y dijo lo más tranquila posible:

- Sí, soy fría ¿y qué? Así soy yo y siempre lo he sido, y tampoco tengo que cambiar por alguien ni mucho menos por ti.

- Eso no es verdad -replicó.- Nunca fuiste así. Eras una niña cálida y gentil. No te pido que cambies, solo te pido que seas aquella niña que conocí, la que recuerdo, la que de verdad eres -suplicó-. ¿Es mucho pedir?

- Ese es el problema, Ethan -dijo con más firmeza-. Ya no soy una niña. He crecido y madurado. ¿Por qué no puedes verlo? Porque claramente yo sí puedo.

Ethan no lo había entendido hasta ahora. Ella era Nathaly O´Donell, la misma chica de cabello rubio, ojos azules, labios rojos y piel blanca que recordaba, pero había cambiado. Era ella y al mismo tiempo no lo era. Ahora podía verlo con claridad. Sus ojos alegres y llenos de luz hacía muco tiempo que se habían apagado y ahora estaban sumergidos en la oscuridad. Atrapados en su soledad. ¿Qué había pasado con aquella niña? ¿Qué había pasado con su Nathaly? La quería de vuelta. No. La necesitaba de vuelta. Necesita ver esa sonrisa hermosa llena de vida. Necesitaba ver esos ojos brillantes. Necesitaba a la antigua Nathaly. Esa Nathaly que siempre le aceleraba el corazón cuando la veía. Quería ver a la misma niña apasionada por la música en la vida real. Quería esa misma pasión en ella sin su piano cerca. No

quería que ella reprimiera a esa Nathaly tan llena de luz y de vida.

- ¿Qué fue lo que te pasó?

Miró sus ojos fríos, firmes, oscuros fijamente y encontró un solo sentimiento existente en su corazón: tristeza. En ese momento estaba

molesto por su descubrimiento debido a que pensaba que no era justo que tal belleza se desperdiciara de esa forma. Era una niña que lo tenía todo, ¿cómo alguien tan privilegiada podía estar tan triste? ¿Acaso era el único que veía su verdadera belleza?

- Tienes razón. Esa niña ya no existe más.

Y molesto con ella se fue rápidamente. Nathaly recobró su debilidad y se desplomó en el banquillo donde estaba sentada y lloró. Le dolieron sus palabras -las de él- y su actitud -la de ella-, porque no se lo merecía. Ethan siempre fue bueno con ella y eso era lo más le irritaba, pero era lo que más le gustaba de él. Con él nunca sintió el rechazo ni compasión. Se sentía "normal". Sin embargo, tenía que hacer que la odiara y se alejara de ella. No quería seguir teniendo esos sentimientos tan profundos que habían resucitado con su llegada. Ella lo amaba desde que lo conoció. Lo amaba desde el momento en que su voz resonó en sus pequeños e inocentes oídos de seis años. Y cuando se fue sintió que le desgarraban el corazón, pero aprendió a vivir con ello. Sin embargo, el sentimiento nunca desapareció. Persistió a pesar del tiempo y el espacio.

Con su llegada, pensó que tal vez tendría una oportunidad con él. Por primera vez después de tanto sufrimiento, después de tantos rechazos tenía una ilusión. Una ilusión que se vino abajo en un dos por tres. Lo único que le quedaba era su música. Su único aliado y compañero. En ese momento juró que no volvería a derramar una lágrima de dolor. Esta era la última vez que lloraba por él y se aseguraría de arrancarlo de su corazón a cualquier costo.

Ethan por otro lado, estaba molesto consigo mismo. Se sentía culpable de la mujer que estaba frente de él ahora. Si tan solo él se hubiera quedado todo sería diferente. Ella sería la misma persona que conoció hacía tiempo atrás. Se fue por mucho tiempo, la abandonó, la dejó sola. Estaba avergonzado por ello. Golpeó la pared tres veces molesto. Su padre lo vio en el pasillo echando maldiciones. Sammuel se preocupó y corrió hacia su hijo. Lo tomó por los hombros y vio sus ojos azules furiosos, llenos de rabia. Él lo abrazó e Ethan lloró entre sus brazos. Estaba realmente molesto.

Ambos entraron a la oficina de Sammuel y después de un buen vaso con agua Ethan le habló de su discusión con Nathaly y le preguntó el porqué de su actitud tan arisca, tan solitaria. Su padre solo suspiró y lo dejó hablar. Sammuel tampoco sabía la respuesta, hacía muchos años que no la veía y nunca le explicaron la razón por la cual ella abandonó la academia hacía muchos años.

- ¿Acaso fue mi culpa?

- ¿Perdón? -dijo Sammuel confundido por su pregunta.

- Sí, por haberme ido y dejarla sola.

- No. Claro que no -dijo frunciendo el ceño.

- Entonces no me lo explico -hubo un breve silencio entre ambos. Ethan se volvió a su padre y dijo-: Papá, tú la conoces mejor que yo, dime ¿qué cambió en ella?

Su padre lo miró y detecto desesperación en sus ojos. Suspiró y respondió:

- No lo sé, hijo, no lo sé -dijo moviendo la cabeza.

- ¿Cómo no vas a saber? Tú estuviste con ella todos estos años.

- No -replicó-. Eso no es verdad. Ya te lo había dicho, ella volvió a la academia hace unos meses.

- Sí, pero estuviste en contacto con ella ¿no? Ella tuvo que visitar la academia al menos una vez.

- No, hijo. Ella nunca volvió. Y nunca dio explicaciones de nada.

- No tiene sentido. Ahora tiene veintitrés. Hace mucho que terminó la secundaria.

- Entiendo tu preocupación, pero la única que puede darte la respuesta que tanto buscas es ella.

- Debo averiguar la verdad -dijo decidido-. Voy a recuperar a la pequeña Nathaly O'Donell antes de regresar a Nueva York. Hasta entonces no estaré tranquilo.

Determinado a lograr su objetivo regresó a la habitación de Nathaly, pero cuando abrió la puerta estaba vacía. Ella ya no estaba allí. Miró por la ventana y la vio caminar colgando del brazo de Marcus hacia el auto. En ese momento corrió con desesperación hacia la salida. Bajó saltando las escaleras, ya que el elevador tardaba en llegar. Tropezó con algunos estudiantes que llevaban sus instrumentos y gritó pidiendo que se hicieran a un lado. Tardó tres pisos hasta que llegó a la entrada principal, pero ya era demasiado tarde. Ellos ya estaban de camino a la mansión O'Donell sobre la carretera. Ethan se quedó allí de pie jadeando y sudando. Lamentablemente nadie sabía dónde vivía Nathaly, la única información que tenían en su archivo era el número de teléfono de su padre por

alguna emergencia.

Ahora tendría que esperar a mañana para convencerla de abrir de su corazón, cosa que no sería tan fácil. Ella no quería que su pasando fuera revelado, porque es un pasado que siempre estaba presente en su vida. No era tan fácil deshacerse de él. Siempre la perseguiría y eso la atormentaba. Marcus la llevó a la cafetería de la vez pasada porque no quería llegar a su casa. Al llegar la recibieron con la amabilidad por la cual el local destaca de entre los demás. Tomó asiento en una de las mesas en el segundo piso cerca del balcón. Marcus le dijo esperaría fuera, pero ella le pidió que se quedara. Quería algo de compañía y después de todo lo que ha hecho Marcus por ella, le tomó cariño y confianza.

- Marcus -pronunció su nombre con mucha pena.

- Sí, señorita O'Donell -ella le lanzó una mirada de regaño.

- Ya sabes que puedes llamarme por mi nombre, Marcus -dijo y tomó su mano lo que agarró a Marcus por sorpresa-. No me gusta tanto las formalidades entre nosotros. Somos amigos -dibujo una hermosa sonrisa con sus labios.

- Lo siento, señorita. Perdón Nathaly -se corrigió.

- Así está mejor -apartó su mano y con cuidado buscó su moca hasta encontrarlo. Tomó la jarra con ambas manos-. Háblame de tú familia, sé muy poco de ti a pesar que llevas trabajando conmigo desde hace unos largos y tediosos años -tomó un pequeño sorbo de café.

- ¿Qué quiere saber?

- Cualquier cosa.

- Bueno, no sabría qué decir. Llevo una vida bastante tranquila.

- No importa, solo háblame de cualquier cosa o invéntala.

Marcus entendió lo que ella quería decir. No quería pensar en cosas que la ponían triste así que empezó por hablarle de sus hijas. Ana y Sofía, ambas son gemelas de ocho años. Le habló algunas de sus travesuras, que ambas a pesar de ser iguales eran muy diferentes. Ana ama estudiar y le gusta estar en casa, aunque también practica deporte porque le divierte y le ayuda a canalizar el estrés; en cambio Sofía era más floja para el estudio y le gustaba salir con sus amigos. A Nathaly le gustaba escuchar sus aventuras. En la casa de Marcus todo estaba de al revés, porque a pesar de que a Ana esta la más tranquila siempre dejaba convencer por Sofía y amabas terminaban en problemas. Marcus siempre tenía dolores de cabeza por culpa de esas dos, pero eso era la mejor parte de ser

padre. Nunca tenía un momento de paz. Nathaly le preguntó por su esposa y Marcus respondió que murió al nacer sus dos hijas, por lo que esa era la razón por la cual él amaba aún más a sus hijas porque representaban el gran amor y el sacrificio de su madre.

Un par de horas después, Marcus fue a pagar la cuenta. Ya casi cerraban el local y se les había hecho tarde para regresar a la mansión O'Donell y Arthur, el padre de Nathaly, estaría preocupado. Nathaly esperaba pacientemente en la salida del local a su chofer, ya que no podía llegar sola hasta el auto. Ya eran las seis de la tarde y el sol no se había ocultado, pero aún así hacía un frío terrible. Nathaly frotó sus manos sobre los brazos para calentarlos uno poco. En ese momento apareció un hombre alto, muy atractivo de cabello rubio y ojos cafés. Hacía diez minutos que estaba observándola y le llamó la atención su belleza. Estaba sola y decidió acercarse a ella.

Su corazón estaba acelerado y las manos le sudaban, así como su cuerpo temblaba. Siempre fue bueno con las chicas en el pasado y tenía confianza en sí mismo, pero aquella chica era diferente. Por alguna razón le intimidaba y lo ponía nervioso. También sintió un aire de familiaridad. Sentía que la conocía de algún lado. Decidió acercarse a ella despacio y con suavidad tocó su hombro desnudo. Como siempre ella vestía su característico vestido blanco y largo de tirantes delgados y escote con forma de corazón. Nathaly se exaltó un poco.

- Marcus, me asustaste -dijo poniendo su manos en el corazón cerrando los ojos; luego los abrió y sonrió. En ese momento el corazón de chico se paralizó por un segundo y las palabras le quedaron atrapadas en su garganta-. ¿Qué sucede Marcus? ¿Por qué no dices nada?

Su voz aguda le hacía justicia a su rostro angelical. El chico pensó que seguramente su rostro había sido tallado por los mismísimos ángeles en el cielo. Había conocido mujeres hermosas con cuerpos increíbles, pero ese rostro era de ese tipo de rostros que jamás en la vida olvidarías. De esos rostros que solo aparecen en sueños. De esos rostros que te erizan la piel y que provocan infartos hasta al más joven de los hombres. Y sus ojos son de aquellos que penetran tu alma hasta en lo más profundo y oscuro. Sus labios naturalmente rojos y suaves como las rosas que a pesar de las espinas valen la pena besar aunque sea una vez en la vida. Pero su sonrisa era de esas que te hacen flaquear las piernas con solo mirarlas. El chico tragó saliva y dijo con la voz temblorosa.

- N-No soy Marcus -la hermosa chica se paralizó y borró su sonrisa rápidamente y volteó-. No tranquila no quiero hacerte daño. Es solo que... -de detuvo y volvió a tragar saliva- te vi sola y quise acercarme.

- No estoy sola -respondió con la voz tímida y esto le dio más confianza al

chico.

- Lo sé.

- Entonces ahora puedes volver de dondequiera que estabas.

- Lo siento por molestarte, esa no era mi intención.

- Descuida, ahora vete por favor.

El chico caminó de vuelta. En ese momento Marcus ya iba de regreso con su jefa. La llamó por su nombre y el chico apuesto se volteó y la vio partir del brazo de aquel hombre grande e intimidante. "Nathaly" era su nombre. Ahora nunca lo olvidaría. Si la volvía a encontrar en algún otro lugar, sabía como llamarla.

"Nathaly" un nombre dulce y tierno para un ángel. Un nombre digno de portarlo una mujer hermosa, tímida e ignorante de su belleza. Un nombre para un rostro imposible de olvidar. Un nombre realmente mágico. Sabía que esa misma noche soñaría con ese rostro y lo haría por el resto de sus días hasta que se reencuentren de nuevo algún día.

---*---*---

Capitulo 4

Oliver Coleman, un joven de veintiséis años. Siempre fue un buen estudiante con buenas calificaciones. Un chico atractivo, rubio y ojos cafés. Hijo de una familia reconocida, no muy adinerada pero respetable. Sus calificaciones de secundaria fueron tan altas que fue un apto candidato para una beca en la renombrada universidad de Oxford. Estudió arquitectura y ahora trabaja para una importante empresa en Londres.

Un chico muy experimentado, pero prudente. Todas sus relaciones fueron serias, ninguna fue una diversión para él. Su padre le había enseñado desde pequeño que las mujeres no son un trofeo que hay que ganar. No como otros hombres que sólo llegan, tocan y se van. Sus padres llevaban casi sesenta años de casados, eran personas muy mayores y, sobre todo, fueron un ejemplo a seguir para su único hijo. Su madre no podía tener hijos, así que ambos tomaron la decisión de adoptar uno. Oliver siempre supo que era adoptado y nunca quiso conocer a sus padres biológicos porque consideraba a su padres como propios de sangre y ellos a él.

Sus padres le dieron muchas cosas, pero nunca lo mal criaron. Supo lo que era el trabajo duro a los quince años para gastar su dinero en sus propios caprichos, de esa manera no sobrecargaba a sus padres, que tenían algunas deudas personales en ese momento. Por suerte Oliver tenía una beca en la secundaria, lo que restaba una carga económica a

sus padres.

Ahora Oliver ayuda a sus padres ya pensionados y ellos aceptan su ayuda como un regalo, un agradecimiento por todo el amor que ellos le dieron desde el momento en que fue adoptado. La vida le dio a Oliver muchas bendiciones y nunca renegó de ellas. Las aceptó como un hermoso regalo. Siempre fue considerado un hombre muy trabajador y muy comprometido con su trabajo y con un gran futuro por delante, al menos es lo que opinaba su jefe quien pensaba dejarle su fortuna y la presidencia de la empresa algún día; ya que él no tenía hijos ni esposa ni otro familiar y consideraba a Oliver como propio.

Ahora le había encargado un trabajo muy importante para su buen amigo Sammuel Brown. Richard Martin y Sammuel Brown habían sido amigos desde la infancia, crecieron juntos y estudiaron juntos, y aún mantenían una sólida relación. Durante una cena de negocios entre ambos amigos y Oliver, Sammuel requirió los servicios de la empresa de de su amigo. Su academia estaba creciendo satisfactoriamente y ahora quería ampliar su negocio. Por supuesto que su buen amigo Richard no se negó a ayudar y le confió ese trabajo a su trabajador más fiel, Oliver Coleman.

Habían pasado tres semanas desde la última vez que se vieron. Oliver estaba en su oficina con grandes ventanales y una magnífica vista directa al famoso Big Ben. Estaba de pie contemplando la vista cuando sonó el teléfono. Era su jefe Richard quien le estaba diciendo que debía ir a visitar la academia de música de su amigo Sammuel, ya que éste quería empezar los preparativos lo más pronto posible porque tenía a muchas personas en la lista de espera que deseaban entrar a la academia el año entrante.

Oliver dijo que llamaría a Sammuel para ver si podía ir en una hora, así podría revisar el local y comenzaría hacer los planos según las necesidades y las exigentes peticiones de su nuevo cliente. Sobre todo quería que todo quedara impecable porque se trataba del mejor amigo de su jefe y no quería quedar mal con él. Oliver, sin duda alguna era el hombre indicado para el trabajo por ser un hombre muy detallista. Llamó a la academia y una mujer atendió la llamada, era Marta la secretaria; ella lo comunicó con la oficina de Sammuel y éste contestó. Oliver le explicó la situación y Sammuel le dijo que fuera en una hora, que allí estaría; Oliver complacido se despidió de él y se fue lo más rápido que pudo en el auto de la empresa.

Al llegar, utilizó las escaleras para así comenzar con su análisis sobre la infraestructura del lugar. La pintura era nueva, las gradas tenían pequeñas grietas y las sólidas paredes estaban firmes como debían estar. Tocó cada rincón con sus manos sintiendo el asfalto sobre su piel. Para él la arquitectura era un arte que perduraba casi toda la vida y que había que apreciar, admirarlo con los ojos de un artista enamorado de su obra.

Llegó a la oficina de Sammuel y antes tocar la puerta escuchó una hermosa melodía que provenía de la habitación contigua. Se acercó despacio para escuchar de cerca y le nacieron ganas de entrar. En ese momento venía llegando Sammuel quien estaba en una de las clases escuchando a un grupo que practicaba para un recital de ballet que daría inicio la semana siguiente.

Sammuel gritó su nombre y éste reaccionó con un pequeño salto. Ambos se saludaron con un apretón de manos y entraron en la oficina para comenzar su reunión. Luego de una media hora, el hijo de Sammuel entró sin avisar y avergonzado se disculpó por su inesperada intromisión. Sammuel le presentó a Oliver a su hijo Ethan y viceversa. Ambos se saludaron con un apretón de manos y una amigable sonrisa. Sammuel le dijo a Ethan que Oliver iba a venir seguido por la obra de expansión de la academia y estaría siguiendo el proceso desde muy cerca. Ethan le dio una bienvenida y se ofreció a mostrarle en detalle el lugar y Oliver aceptó.

Al volver a la oficina de Sammuel, Oliver escuchó la hermosa melodía de nuevo y por curiosidad le preguntó a Ethan quien tocaba aquella canción. Ethan respondió que la mejor pianista de la academia. Le dijo que la pieza era de un famoso músico llamado Franz Liszt, Un sueño de amor. Le dijo que ella era la única persona que había escuchado en toda su vida con un talento tan grande como el que ella poseía. Era única e incomparable. Ethan lo invitó a conocerla y éste aceptó, dijo que sería un honor ser testigo de su talento. Ambos entraron en la habitación y el sonido del piano inundó sus oídos con la hermosa melodía.

Oliver admiró su largo cabello rubio caer como cascada sobre su espalda hasta la cintura. Su cabeza se movía con cada tecla que ella tocaba. Con sus ojos cerrados sentía las ondas sonoras vibrar en su cuerpo. Se sentía como en un trance musical, como si se hubiera transportado al País de las Maravillas donde todo está bien y ella es feliz, sonriendo y sin preocupaciones, bailando y corriendo. La chica de cabellos dorados estaba perdida en sus pensamientos y lo transmitía con cada nota. Al terminar de tocar la hermosa canción, Ethan aplaudió y Oliver le siguió.

- ¡Bravo! -gritó-. Magnífico como siempre.

- ¿Ethan? -ella se puso en pie y se volteó.

Oliver petrificado reconoció a la chica que había visto en aquella cafetería hacía dos semanas atrás. Era ella, estaba seguro. Ese rostro era imposible de olvidar. Jamás imaginó que la encontraría en aquel lugar. Fue un encuentro totalmente inesperado.

- Nat -dijo Ethan-, te quiero presentar a alguien.

¿Nat?¿Qué clase de relación tendrían aquellos dos que se hablaban con tal confianza? -se preguntó Oliver.

Ella camino con precaución hacia los dos caballeros con un porte natural. El corazón de Oliver estaba a punto de explotar con cada paso que ella daba. Con la manos juntas hacia el frente, con sus ojos tímidos y las mejillas rosadas se acercó hasta que sintió la mano de Ethan en su hombro que le indicaba que se detuviera.

- Él es Oliver Coleman.

El chico extendió la mano para recibir la suya, pero ella nunca la ofreció. Ni siquiera había notado que ella no podía reaccionar a su acción. Ethan tomó la rígida mano de Nathaly y la colocó sobre la de Oliver. En ese momento se percató que ella no podía ver. Estaba sorprendido, mejor dicho impactado. En ese momento entró un niño moreno que venía corriendo y jadeando.

- Ethan, Ethan -dijo con la voz entrecortada.

- ¿Qué sucede Patrick?

- Hay una emergencia en la clase de Michael.

- Esta bien ya voy -le dijo al niño y luego se dirigió a Oliver y Nathaly-. Lo siento, debo atender una emergencia -ambos asintieron e Ethan se fue.

- Por fin nos vemos de nuevo -le dijo Oliver a Nathaly. Ella estaba confundida, ya que no recordaba su voz.

- ¿Disculpa?

- En la cafetería, probablemente no recuerdas debido a que fue hace unas semanas -ella seguía sin recordar-. Me habías confundido con un tal ¿Marcus? -Oliver insistió.

En ese momento ella recordó y sus mejillas se tornaron rojas y sus ojos se abrieron como platos. Era aquel chico que tocó su hombro y que no había dejado hablar. Él notó que ella no recordaba por su expresión. Ahora tenía más confianza de hablar con ella dadas las circunstancias en las que ella se encontraba, de esa forma ella no se daría cuenta de los evidentes nervios que ella le causaba.

- No te preocupes -movió sus manos involuntariamente de un lado a otro, se percató de ello y se sintió muy estúpido debido a que ella no podía ver su acción y se sonrojó por ello-. No te estoy siguiendo ni nada -aclaró-.

Podríamos llamarlo una coincidencia.

- ¿Coincidencia por qué? -replicó ella.

- Porque yo vine aquí a trabajar, soy arquitecto -explicó-, y Sammuel me contrató para encargarme de la expansión de la academia.

- Ya veo -su rostro se relajó y dio un paso atrás y bajo la cabeza-. Así que estás aquí por trabajo.

- Así es -dijo. Miró arriba y se mordió el labio con nerviosismo.

- Si no te importa voy a continuar.

- ¿A ti no te importa si me quedo a escuchar? -pidió permiso.

- ¿No tienes trabajo por hacer?

- Técnicamente mi visita a la academia era mi última tarea.

- ¿Te gusta la música?

- Sí -respondió de inmediato-. Bueno otro estilo de música, pero este tipo de música es interesante.

- ¿Interesante? -dijo ella un poco ofendida-. ¿Alguna vez a ido a un concierto de música clásica?

- En realidad no. Nunca -admitió y ella suspiró exasperada. ¿Cómo alguien podría encontrar la música clásica "interesante"? Para ella era un insulto.

- La música clásica es un arte -explicó-. Es la melodía que mueve el alma de las personas.

>> Existen diferentes estilos de música y cada uno de ellos te transmite algo distinto. La música pop, el rock, el country y las demás transmiten deseos de bailar, de escuchar, de llorar, incluso las románticas te rompen el corazón. La opera, cuenta historias del pasado, de guerras, las grandes hazañas de héroes y heroínas, leyendas, mitologías, etcétera. Pero la música clásica transmite emociones, no sentimientos, emociones -aclaró y se expresó con sus manos.

>> La mayoría no tienen letra porque no las necesitan. Con tan solo escuchar su melodía te transporta a otro mundo. Un mundo utópico, casi perfecto en el que te gustaría vivir. Te transmite las emociones que los compositores sentían en esos momentos. Tristeza, felicidad, miedo. Y al transmitirte eso comienzas a sentir y a generar sentimientos amor,

sufrimiento, deseo... ves colores donde no los hay. Es maravilloso.

- ¡Guau! -dijo Oliver impresionado. Para él su arte era la arquitectura de los edificios, de las calles, los puentes; porque son parte de la invención del hombre, pero nunca se puso a pensar que el arte musical también lo era.

- ¿Qué?

- La forma en la que hablas sobre la música es impresionante. Hablas con tanta pasión.

- La música es mi pasión. Mi vida entera. Lo es todo -bajó la mirada avergonzada. Hubo un breve silencio entre ambos hasta que Nathaly cortó con él diciendo-: ¿Quieres intentarlo?

- ¿Qué cosa?

- Ver colores, crear sentimientos a partir de las emociones y sentir la música vibrar en tu cuerpo -Oliver impresionado relajó el rostro y aceptó porque sabía que eso la haría feliz.

- Me encantaría y sería un gran honor si eres tú quien me enseñara.

Ella se volteó y caminó hacia el piano. Oliver la detuvo y ella se exaltó un poco al sentir su mano fría sobre su piel. Él tomó su mano delicadamente y la envolvió en su brazo. Ella no lo rechazó. Él amablemente la llevó hacia el banquillo que estaba frente al piano. Ella tomó asiento y le indicó a Oliver que se sentara en el sofá que estaba frente al piano.

- Cierra los ojos -dijo con voz dulce y él lo hizo-. Libera tu mente de cualquier pensamiento -volvió a decir y éste lo hizo aunque era difícil no pensar en aquella voz cálida y hermosa-. Ahora déjate llevar por la música y las emociones que te provocan, cuando la canción termine me dices cómo te sientes -él asintió, pero rápidamente se percató de que ella no lo vería y respondió que sí.

Ella comenzó a tocar Un sueño de amor otra vez.

Él con los ojos cerrados se sumergió en el ritmo, las entonaciones altas y bajas, las rápidas y las lentas. Se imaginó un campo de flores con muchos colores vivos, el cielo color azul, el pasto verde, las flores anaranjadas y lilas. De pronto cayó la lluvia, pero el color no cambió. En el cielo se dibujó un arco iris perfecto. Él lloraba al ver el paisaje tan hermoso. De pronto, comenzó dar vueltas bajo la leve lluvia. El sol radiante inspiraba una calidez en su corazón. La felicidad que sentía le generó una paz, una tranquilidad. No tenía preocupaciones ni rencores, sólo él y su risa existían en ese mundo tan perfecto que construyó en su mente libre de

pensamientos.

Ella terminó de tocar y esperó la respuesta de Oliver quien estaba abriendo sus ojos lentamente impresionado. Lo primero que vio fue su rostro expresando ilusión como un niño que recibe su primer regalo en navidad. Quería saber con ansias los resultados de su experiencia.

- ¡Guau! -expresó Oliver.

- ¿Qué pasó?

- Lo vi todo -dijo impresionado-. Colores, el cielo, las flores...

- Y ¿qué sentiste? -ella lo interrumpió.

- Felicidad, paz.

- Ahí lo tienes -dijo ella orgullosa de su trabajo. Oliver sorprendido lanzó una media sonrisa dejando ver una pequeña comisura a un lado de su mejilla.

No fue la música lo que hizo que él viajara a lo más profundo de su subconsciente, fue ella.

Oliver se dio cuenta de ello y la invitó a tomar un café esporádicamente después de que ella terminara su práctica. Ella se sonrojó por su invitación porque no lo esperaba. Era una persona que apenas acababa de conocer, pero Oliver le dijo que él iría seguido a la academia, por lo que se estarían viendo a menudo. Él aceptó con orgullo su rechazo y le aseguró que insistiría hasta que ella aceptara salir con él. Ella no dijo ni una palabra. Oliver se despidió y se fue dejando a Nathaly muda. En la salida se encontró con Ethan quien estaba ocupado así que tan solo hizo un movimiento de cabeza con una sonrisa y éste se la devolvió.

¿Por qué me hizo una invitación? -se cuestionó Nathaly-. Apenas nos dirigimos unas palabras.

Ethan regresó con Nathaly al terminar de solucionar el problema sobre unos instrumentos que llegaron equivocados y el hombre no quería devolverlos. Finalmente Ethan logró convencerlo de que los cambiara por los correctos. Encontró a Nathaly de pie frente a la ventana con una mano en el cristal. Se apoyó sobre el marco de la puerta y la observó por unos segundos, luego entró en la habitación. Nathaly dio un suspiro.

- ¿Por qué el suspiro, Nat?

- No lo entiendo.

- ¿Qué no entiendes?

- ¿Por qué Oliver me invitó a salir?

- ¿Te invitó? -estaba sorprendido. Nunca pensó que alguien más notara su belleza o que ella impactara tanto a otro hombre. Sabía que siempre se robaba la atención de todos, pero creía que él sería el único quien en serio notara su verdadera belleza.

- Sí -dijo con un tono de preocupación-. Pero me negué.

- ¿Por qué?

- No lo conozco -levantó los hombros.

- Y ¿no crees que es una buena oportunidad de conocer nuevas personas?

- No lo sé.

Nunca apartó la mirada de la ciudad. Aunque no podía verla, escuchaba los sonidos de los de los autos, del viento, de las aves. La verdadera razón por la que no quería aceptar la invitación de Oliver era porque no confiaba en él y no era nada personal, simplemente no confiaba en nadie. El sufrimiento que vivió en el pasado le había enseñado que las personas son malas y solo le quieren hacer daño. Siempre se burlaban de ella y lo aprendió con golpes duros que lastimaron su cuerpo, su mente y hasta quebraron su confianza en la humanidad. Las únicas personas en quienes de verdad confiaba eran sus hermanos e Ethan, pero ahora ya no podía en ninguno. Ya no halaba con su padre, sus hermanos siempre estaban ocupados e Ethan rompió con sus ilusiones. Ya no tenía a nadie.

- ¿Crees que debería aceptar su invitación? -le preguntó esperando una respuesta negativa.

- Sí -el golpe fue más duró. No le importaba tanto como para impedirle que no viera a otras personas y mucho menos hombres. Estaba decepcionada-. ¿Puedo preguntarte algo?

- ¿De qué se trata? -volteó la cabeza.

- ¿Por qué estás enojada con el mundo?

- ¿A qué te refieres? -frunció el ceño confundida.

- Siempre estás a la defensiva y nunca dejas que nadie entre a tú vida -su comentario la impactó. No hubo respuesta-. ¿Qué fue lo que te pasó? -continuó-. No lo entiendo, ¿qué fue lo te hizo el mundo como para que lo odiaras? -Nathaly no quería seguir con la conversación. Apartó la mirada para evitar que él lo viera todo. El dolor y el sufrimiento-. No me evadas, por favor. Sabes que puedes confiar en mí. ¿Por qué te fuiste de la academia? ¿Por qué odias a las personas?

- No odio a las personas -replicó elevando la mirada.

- Entonces, ¿por qué huyes?

- No huyo -dijo con más firmeza. Sentía como se iba quebrando su voz.

- ¿Por qué odias al mundo? -Ethan la estaba presionando, porque sabía que esa era la única forma de penetrar esa barrera que ella había se puesto encima. Ella estaba cansada de su interrogatorio y gritó con fuerza:

- Yo no estoy enojada con el mundo, sino conmigo misma -las lágrimas brotaron de sus hermosos ojos. Había prometido no volver a llorar y había faltado a su promesa.

Ethan se acercó a ella y la tomó entre sus brazos, ella forcejeó para evitar su contacto pero él forzó el abrazo. Ella se derrumbó sin titubear. Él acarició su cabeza y la ternura lo dominó. No podía contra ella. Aún no entendía porqué ella se odiaba a sí misma, pero no lo discutió. Alguien como él jamás podría entender el sufrimiento y el dolor que le causaba todo. Ella se odiaba. Odiaba la condición en la que vivía. Por culpa de su ceguera siempre estuvo sumergida en la oscuridad, en las tinieblas. No conocía el sol ni el cielo, ni la luna ni la estrellas y lo que más le dolía era que no conocía su rostro. Vivía sumergida en la oscuridad y las tinieblas. A pesar que había vivido de esa forma toda su vida, sentía que vivía en un infierno.

¿Cómo ella le podría hacer entender? ¿Cómo?

---*---*---

Capitulo 5

Pasados unas semanas, Oliver regresó para hablar con Sammuel sobre el diseño de la academia. Sin embargo, tras un breve análisis que había hecho la última vez Oliver concluyó que lo mejor era hacer el edificio nuevo, ya que había visto manchas de humedad en el tercer piso, algunas grietas en las paredes y algunas habitaciones no estaban en condiciones de ser utilizadas. Era muy probable que tuviera goteras en el techo o las tuberías estuvieras herrumbradas. Por lo tanto, para evitar problemas

mayores y accidentes con los docentes y los estudiantes.

Sammuel preocupado por la situación decidió aceptar la propuesta de Oliver. Así que el fin de semana que no había nadie en el local lo desalojarían y se instalarían en su casa que después de todo era muy amplia. Por lo que, pensando en la seguridad de los niños y las niñas y sus instructores tendrían sus clases en la mansión Brown por un largo tiempo; al menos hasta que la construcción termine.

Cuando la reunión terminó Oliver quiso pasar a la habitación de Nathaly, quien estaba concentrada en su piano tocando una composición de Chopin, Romanza Larghetto. Oliver aún estaba impresionado con su fluidez, su pasión por la música llegaba al corazón al extremos que sentías ganas de llorar sin razón alguna. Era simplemente fascinante. Le gustaba escucharla tocar el piano. Al verla parecía tan fácil como respirar. Su cabello se movía al compás del movimiento de su cabeza mientras tocaba cada nota. Nunca nadie sintió la música como ella la vive. Tal vez era por su pasión. Tal vez porque creció con ella. Tal vez era su condición que le ayuda a sentir las ondas sonoras vibrar en su piel con más intensidad, lo que le produce una excitación profunda por todo su cuerpo.

Oliver escuchaba con atención. Su cuerpo se movía involuntariamente, como si estuviera poseído por la música. Se sentía como en un trance. Un hermoso y relajante trance. Se acercó a ella y tomó asiento en el sofá para admirar su esplendorosa interpretación. Admirar su belleza. Admirar sus expresiones. Admirar el hermoso paisaje frente a él. La luz que emanaba de ella es digna de contemplar. Sus parpados cerrados le impedían disfrutar de esos ojos tan azules como un cielo sin nubes. Sin tormentas, llenos de paz. Eso sentía cada vez que ella tocaba el piano. Paz.

Al terminar de tocar la hermosa melodía sin querer se le escapó un suspiro haciendo que Nathaly se exaltara. Oliver le hizo saber su presencia disculpándose con ella. Nathaly lo disculpó y luego lo saludó con una amigable sonrisa. Estuvieron hablando sobre los planes de Sammuel y la academia. Durante una hora hablaron sobre tonterías como si fueran amigos de toda la vida. Él la hacía reír con sus ocurrencias. Después él le habló acerca de sus sospechas. Creía que la había visto antes en el pasado, pero no recordaba de dónde ni cuando la vio. Después ignoraron ese pequeño e insignificante de detalle y Oliver le preguntó si iba aceptar su invitación a cenar algún día. La pregunta tomó a Nathaly desprevenida. Sus mejillas se tornaron rojas, lo que evidentemente le gustaba a Oliver.

- Nunca vas a desistir, ¿cierto? -bajó la cabeza. Lleva tiempo insistiendo en que salieran, pero ella siempre se negó.

- No soy de los que se dan por vencidos, de eso puedes estar segura -

presumió-. Nunca sé cuando darme por vencido.

Nathaly recordó las palabras de Ethan. "¿No crees que es una buena oportunidad de conocer nuevas personas?". Siguió su consejo.

- Esta bien -dijo con una sonrisa en el rostro y luego se mordió el labio inferior con nerviosismo.

- ¿Qué? -dijo confundido.

- Acepto salir contigo -concedió-. Esta noche.

Oliver estaba feliz de escuchar esa respuesta que no esperaba tan pronto. ¿Qué le había hecho cambiar de opinión? Eso no importaba en ese momento. Sólo estaba complacido, emocionado. Ella dictó la dirección de la mansión O'Donell y le dio su número de teléfono. Antes no estaba segura y no es que lo estuviera ahora, pero sabía que debía hacerlo si quería olvidar a Ethan. Aún no confiaba en Oliver del todo ni en las personas, pero debía hacer un esfuerzo por hacerlo. Oliver era una buena persona que se merecía esa consideración. Por lo que le decidió darle una oportunidad de demostrarle que valía la pena su el cambio de decisión. Que no se había equivocado.

Al caer la noche Nathaly estaba lista para su cita con Oliver. Su padre la vio bajar por las escaleras y casi llora de la alegría de ver a su nena tan hermosa. Quería conocer al hombre que la hizo cambiar. Que le hizo salir por primera vez en mucho tiempo de su voluntario encierro para una actividad social. La tomó entres sus cálidos brazos y le dio un beso en la frente. Le dijo lo hermosa que estaba y ella sonrió por amabilidad. Ella sabía perfectamente que para un padre sus hijas siempre serán hermosas aunque no los fueran. Ella nunca se había visto en el espejo por lo que no sabía como era en la vida real. Siempre trató de imaginar su propio rostro ideando un rostro que no sentía suyo.

Oliver hizo sonar la campana y una de las mucamas abrió la puerta. Al entrar estaba muy impresionado por la mansión. No sabía de que familia provenía Nathaly hasta que vio la enorme casa. Era una familia realmente importante y adinerada; lo que lo intimidaba, pero trató de ocultar su nerviosismo. Encontró a Arthur O'Donell de pie junto a su bella hija Nathaly O'Donell. Él lo saludó con un apretón de manos y con toda la seriedad de mundo para hacerle saber que era un hombre a quien temer, pero por dentro estaba agradecido con él. Algo que nunca admitiría en voz alta.

Oliver le dijo a Nathaly que le había comprado unas flores. No sabía cual traerle, así que se decidió por unos lirios blancos porque le recordaban a ella. Nathaly agradecida las tomó, las olfateó y se las dio a la mucama a su lado para que las pusiera en agua y luego las llevara a su recamara.

Ella le dio las gracias y le dijo que le gustaban mucho. Su celoso padre lo interrogó con las típicas preguntas: <<¿Dónde trabajas? ¿Dónde vives? ¿Quienes son tus padres? ¿Dónde estudiaste? ¿Cómo se conocieron mi hija y tú?>> Nathaly avergonzada le dijo a su padre que ya se iban antes que cancelaran la reservación del restaurante.

Ambos partieron en el Mercedes Benz 2017 clase M de cuatros puertas y de color plateado de Oliver. Ambos hablaban del pasado de Oliver que Nathaly no conocía. Le había contado que era adoptado por sus padres, de las becas, de sus múltiples trabajos. Nathaly estaba muy impresionada por su historia. Ella que no conoció una vida más allá de la de ella, era algo de admirar como alguien como él tan trabajador y esforzado logró sobrevivir en ese mundo con tal valentía. Ahora entendía porqué nunca se daba por vencido. La vida le enseñó a nunca rendirse y ser persistente. Algo que ella aún no podía conseguir.

En parte su vida había sido muy fácil, siempre lo tuvo todo y nunca tuvo que sacar fuerzas de donde no las tenía para conseguir dinero o ganarse los caprichos que quería. Nathaly tan sólo debía pedirlo y se lo daban inmediatamente. Aún así, ella nunca fue de aquellas que hacían berrinche cuando no conseguían lo que querían. A pesar de todo, siempre fue una persona madura que comprendía muy bien la vida aún para su corta edad. El sufrimiento la hizo crecer más deprisa y no disfrutó de una normal para una niña de su edad. Esa fue la razón por la cual ella buscó un refugio en su música. Un escape de su propia realidad.

Ambos llegaron al hermoso restaurante. Un lugar elegante y era un lugar que Oliver podía costear. The Clink Restaurant, en Brixton en la avenida Jebb. Las mesas de vidrio con decoraciones sobre los platos, las copas y los cubiertos perfectamente acomodados en sus respectivos lugares y los asientos eran de cuero. Un joven los atendió y cuando Oliver dijo su nombre de reservación, éste les llevó hasta su mesa. Oliver la llevaba del brazo y cuando llegaron a su mesa, él le ayudó a sentarse. Luego se sentó justo a su lado izquierdo. El camarero les ofreció el carta, pero Oliver le dijo que sólo debía darle uno. El joven se dio cuenta que la hermosa mujer que lo acompañaba no podía ver y se disculpó inmediatamente y ella de buena manera rió, para hacerle saber que no debía preocuparse de nada; que no la ofendía en lo absoluto. Oliver le dijo que quería un vino blanco Botani Muscat 2015. El joven avergonzado asintió y se fue.

Cuando quedaron solos, él le le leyó en voz alta la carta para así cuando volviera poder ordenar su cena. Ella se decidió por un filet de pescado al ajillo sin espinas y ensalada de verduras como acompañamiento. El camarero regresó y abrió la botella de Botani Muscat y los sirvió en la copa de Oliver. Su color era pajizo brillante, elaborado en condiciones de baja presión, la burbuja brillante, es más ligera y fina, y destaca un aroma intenso de hierbas frescas. Oliver probó el vino y lo aprobó, así que el

joven precedió a servir en ambas copas.

Oliver ordenó para Nathaly el filet de pescado y para él un filet de pollo con puré de papas de acompañamiento. El joven apuntó la orden en su libreta, asintió y se fue. Al tiempo, el joven volvió con sus platillos tan perfectamente presentados que dada lástima comerlos. Ambos comieron en silencio y el joven no volvió hasta que los platos estuvieran limpios para llevárselos de regreso. Sólo tenían sus copas en la mano y el postre que después había devorado con rapidez. Nuevamente ambos quedaron solos, momento que Oliver aprovechó para preguntar:

- ¿Hace cuánto que tocas el piano? -dijo interesado.

- Desde los cinco años y entré en la academia de música a los seis.

- ¿Dónde aprendiste a tocar?

- En casa recibía clases particulares con una maestra quien descubrió la facilidad con la que tocaba -explicó-. Luego ella le dijo a mi madre que había una academia para niños y niñas prodigio y ella me llevó allá.

- Que impresionante -dijo y tomó un sorbo de vino-. Desde entonces conoces a Sammuel.

- No -dijo rígida-. Lo conocí cuatro después.

- No entiendo, él es tú maestro ahora ¿cómo es eso posible?

- Su hijo, Ethan fue mi maestro cuando ingresé en la academia y me preparó hasta los diez años hasta conocer a su padre para que él me entrenara a partir de ese momento.

- Entonces, ¿ustedes se conocen desde hace mucho? -dijo con un tono de decepción.

Ahora tenía clara su relación. Se conocían desde hacía mucho tiempo. Por eso él la llamaba "Nat" y no por su nombre completo. Ahora entendía porqué Ethan estaba tan encantado con Nathaly. Hasta él sentía una conexión especial que emana cuando ellos estaban juntos. Ahora entendía porqué ella se ponía tan nerviosa cuando estaba cerca de él. Ahora todo tenía sentido para él. Ella ya tenía su corazón ocupado.

- Sí -respondió con pesar en su voz.

Oliver notó el dolor en su voz. Ella nunca confesó sus sentimientos por temor a no ser correspondidos. Sin embargo, eso le daba esperanzas de algún día ocupar ese lugar. Si ella nunca confesó sus sentimientos era porque ella creía que no era digna de su corazón, porque él no veía la luz

que surgía de su risa, la felicidad de sus ojos, el amor de su corazón. Oliver sí era capaz de verlo con claridad. Ahora estaba decidido a intentar y nunca rendirse. Conquistar su corazón era su meta y la iba a lograr.

- No te preocupes -le dijo y sujetó su mano con suavidad acariciando el dorso con su pulgar. Ella levantó la mirada y él vio sus grandes ojos fijamente-. Un clavo saca otro clavo -ella se percató que Oliver se había dado cuenta de sus sentimientos por Ethan. ¿Acaso era tan evidente? Ella bajó la mirada avergonzada. Ya no podía ocultarlo más.

- ¿"Un clavo saca otro clavo", dices? -repitió-. Puede que tengas razón, pero a veces el primero está tan adentro que es difícil sacarlo de tú corazón y aunque pudiera sacarlo sería más difícil aún el poder olvidarlo, porque la herida es más profunda que le amor. Lo único que puedo hacer es estar feliz porque él está feliz con otra.

Allí estaba la razón. Él tenía a alguien en su corazón. Ethan no estaba enamorado de Nathaly, sino en su talento con el piano. En lo que ella transmite cada vez que toca una canción. Él no era capaz de ver lo que se escondía en cada nota. Sus sentimientos verdaderos. Ella tocaba el piano para hacerle saber lo que él sentía, pero él nunca los vio.

- Si me das la oportunidad, yo puedo darte lo que él no -dijo sin soltar su mano-. De los dos él es quien está ciego al no ver lo especial que eres realmente. Que tu belleza no está en tu forma de toca el piano, y aunque eres hermosa por fuera tu verdadera belleza está en tu gran corazón.

Ella levantó la mirada, le sonrió agradecida por sus palabras y asintió. Aceptó el corazón de Oliver. Él no la amaba, la quería y quería ayudarla, pero después de todo no era muy difícil enamorarse de una mujer como ella. Con tan solo verla a los ojos te palpitaba el corazón tan rápido como si fuera a explotar en cualquier segundo. En ese momento ella tuvo curiosidad.

- ¿De qué color son tus ojos? -preguntó cambiando de tema.

- Cafés -respondió sin vacilar. Apartó su mano de la de Nathaly despacio.

- Y, ¿tú cabello?

- Rubio -Nathaly hizo una breve pausa y después de mucho pensar preguntó.

- ¿Me permites ver tu rostro? -ella le preguntó levantando sus manos hacia su rostro. Él instintivamente se apartó.

- ¿Perdón?

- Tú rostro, ¿me permites verlo? -movió sus manos para enfatizar que lo quería tocar.

Oliver con el corazón en la mano accedió. Se acercó a ella despacio. Nathaly posó sus manos en su rostro y con lentitud tocó su rostro. Movió sus manos con delicadeza sobre sus mejillas, su frente, sus cejas un poco tupidas, sus parpados, su nariz recta, sus labios delgados y su mentón. pasó sus manos por su suave piel, sintiéndolo, en cada rincón. Acarició su sedoso pelo rubio y luego bajó por su cuello. Oliver nunca había experimentado algo así antes. Increíblemente erótico y extraño a la vez. Para Nathaly era algo totalmente normal, ya que de esa forma ella puede imaginarse, por medio del tacto, el rostro de las personas.

Oliver abrió sus ojos despacio y se sintió un poco incómodo, de una manera positiva, y avergonzado al mismo tiempo. Ella le pidió una disculpa si hizo que se sintiera raro y él la tranquilizó haciéndole saber que estaba bien, que fue una experiencia interesante que nunca le había tocado vivir antes. Nathaly de repente se sonrojó y bajó la cabeza para no mostrar la sonrisa nerviosa que le producían sus palabras. Tomó su copa rápidamente con ambas manos y se lo llevó a la boca.

- Y, ¿qué opinas? -preguntó con curiosidad.

- ¿Sobre qué? -respondió con otra pregunta sorprendida.

- ¿Cómo luzco?

Ella no quería responder, se sentía incómoda por admitir que Oliver era un hombre apuesto y muy atractivo. Se sonrojó de nuevo y tomó otro trago. Oliver soltó un leve bufido. En es momento, alguien una figura apareció frente a la pareja. Oliver levantó la cabeza para a la personas frente a él.

- Veo que seguiste mi consejo, Nat -esa voz, era la de él. La podía reconocer a cien metros de distancia. Y mucho más distinguir aquel aroma tan peculiar de él.

- ¿Ethan? -preguntó ella para confirmar.

- ¿Disfrutado la velada?

- Así es -respondió Oliver. En ese momento la mujer a su lado sonó su garganta para hacerse notar.

- ¡Oh, cierto! -exclamó Ethan-. Les presento formalmente a mi prometida,

Melissa Smith.

Oliver se puso en pie al igual que Nathaly y Melissa les ofreció la mano con una agradable sonrisa. Ambos aceptaron el saludo.

- Es un placer -le dijo a Oliver.

- Igualmente -respondió él.

- Nathaly, es un honor conocerte al fin -dijo con cierto tono sarcástico que Oliver evidentemente notó-. Ethan me ha hablado mucho de ti -enfatizó la palabra "mucho"-, por lo que ya quería conocerte en persona y verlo con mis propios ojos.

- ¿Qué cosa?

- A la pequeña alumna de mi prometido, por supuesto. Y espero poder escucharte tocar el piano, y asegurarme que Ethan no estuvo exagerando todo este tiempo. Me ha dicho que eres muy buena.

- No, ella no es buena. Parece un ángel con el piano -corrigió Ethan.

- Sí, eso quise decir. Un ángel -dijo Melissa forzando una sonrisa.

- Estoy segura que Ethan exagera -respondió Nathaly avergonzada.

- No seas tan modesta -le riñó Ethan-. Eres la mejor y deberías de estar orgullosa de presumir tu talento.

Ella no respondió. De pronto se creó una atmósfera incómoda seguido un largo silencio entre las cuatros personas. Ethan decidió romper el hielo.

- ¿También acaban de llegar? -preguntó.

- No, todo lo contrario -respondió Oliver-. Vamos de salida.

- Que lástima, hubiéramos cenado los cuatro.

- Sí, que pena -secundó Melissa.

Se creó otro silencio incómodo. Luego Oliver dijo que iba a pagar la cuenta de la cena. La otra pareja asintió y él se llevó a Nathaly del brazo. Ethan los observó marcharse juntos y se sintió incómodo, ya que había mentido. Ellos también iban de salida, pero no dijo nada. Ethan y Melissa habían llegado quince minutos antes que Oliver y Nathaly. Los observó durante un largo rato, dejando en ocasiones a Melissa con las palabras en el aire. Concentrado viendo a Nathaly reír y sonrojarse con Oliver. Le

hacía sentir extraño en su interior.

Sentía ganas de romperle la perfecta nariz al rubio de ojos oscuros cada vez que aprovechaba una oportunidad para tocar su mano, y mucho más el que ella no lo rechazara. Se sentía aún más furioso por el hecho de que fue su idea el decirle que aceptara su invitación. Sabía que Oliver era un hombre bueno, que nunca heriría a Nathaly, pero por alguna razón desconocida no quería que ningún hombre se le acercara a ella, ni la tocara ni mucho menos que llegara a besar esos labios vírgenes que nadie había tenido el atrevimiento de probar. Nadie, ni siquiera él mismo. Los vio salir por la puerta del restaurante y su novia hizo que volviera a la realidad.

- ¿Nos vamos? -dijo Melissa.

- Sí, vamos -respondió Ethan con una falsa sonrisa y ambos se fueron

Ethan conducía mientras Melissa hablaba de los preparativos de la boda. Ethan hacía sonidos de aprobación para hacerle saber que la escuchaba. Aunque no podía de dejar de pensar que a ella le daría frío y que él le ofrecería su abrigo y ella aceptaría. Luego, él la tomaría de la mano para que sintiera su cercanía y ella no lo rechazaría. Y al llegar a su cada él la miraría a los ojos fijamente sin decir una palabra, ella agradecería por la cena y justo antes que ella se baje del auto él la detendría y le robaría un beso justo en los labios. Y lo peor de todo era que a ella le gustaría y correspondría a su beso con pasión.

- Cariño, ¿estás bien? -Melissa lo sacó de su ensueño.

- Sí -respondió no muy convincente-. Estoy muy bien. Estabas hablando de las flores.

---*---*---

Capitulo 6

La música recorría los pasillos, inundaba las habitaciones y resonaba en los oídos. Las paredes bailaban con las ondas sonoras, las ventanas lloraban y las escaleras gemían. Sus dedos danzaban sobre las teclas del piano y su cabellos dorado se agitaba un poco. Sus venas ardían y su corazón corría a toda velocidad. Su estómago mariposas sentía y su cuerpo temblaba. Con el alma partida tocaba el piano y sus melodías llegaban hasta el jardín entristeciendo al mismo sol.

Estaba sola en casa, con las luces apagadas y el sol se extinguía poco a poco conforme seguía tocando su triste melodía. El cielo rugía, pero ella estaba concentrada en su música y nada más. Los empleados contemplaban su talento y bailaban a son de River flows in you de Yiruma.

Sus latidos se aceleraban y ella bañaba sus corazones como las gotas de rocío en las rosas del jardín. Marcus maravillado escuchaba sentado en el marco de la puerta y las empleadas limpiaban la casa con los ojos cerrados sintiendo la música fluir por su cuerpo. Sintiendo el frío invierno a mitad de julio, crecer en sus venas. La música atravesó los corazones más débiles con facilidad.

Estaban felices de escuchar por fin a la señorita Nathaly tocar. Extrañaban esa hermosa cualidad de ella el tocar improvisadamente. Se sentían como en un concierto de música. De esos a los que ellos no podían costear, pero que disfrutaban escuchar. La lluvia comenzó a caer despacio sobre la tierra, el asfalto y las flores. Mojaba la piscina vacía y el vivero que con tanto amor cuidaban los bien pagados jardineros. Arthur O'Donell se fue de casa por unas semanas para atender algunos negocios en el extranjero. Después de la muerte de su padre, la casa estaba más silenciosa, no habían discusiones entre él y su ex esposa Esther Bullock. La anciana se había a una de sus múltiples casas en Europa, nadie sabía cual de todas. Casi no llamaba a casa. Tan sólo necesitaba tiempo para superar la muerte de su amados Franklin, que a pesar de todo ella amaba con todo su corazón. Siempre fue el gran amor de su vida y sus discusiones eran sólo una excusa para estar cerca de él.

Nathaly fue la más fuerte de todos en la familia. Ella empezó a tocar el piano por primera vez en mucho tiempo cuando su abuelo se lo pidió antes de morir. Ella le tocó su melodía favorita de Franz Schubert, Sonata D. 958. Todos comenzaron a llorar cuando vieron partir a Franklin despacio con una sonrisa en el rostro mientras escuchaba a su nieta tocar hasta que dio su último aliento. Ella no se dio cuenta y continuó tocando después de que él había pasado a mejor vida en la mitad de la canción. Su padre trató de detenerla, pero ella le imploró que la dejara tocar hasta el final. Y así lo hizo. Tocó hasta el el final. Sin derramar ni una sola lágrima. Al terminar se fue a su habitación y se quedó de pie frente a la ventana y se sintió feliz al saber que su abuelo tenía razón. Ella debía continuar con su carrera porque eso era lo de ella.

Al pasar un tiempo prudente, ella tomó la sabia decisión de regresar.

Ahora estaba feliz en la academia. Estaba en paz consigo misma al estar de regreso haciendo lo que más amaba en el mundo. La música. Su pasión, su alegría y su tristeza, la cura a todos sus pesares, la sensación más hermosa en el mundo entero. Era lo único bueno que ella sentía que hacía bien, porque lo amaba más que a su propia vida. Después de tanto tiempo sin ella, ahora sentía que sin la música no sería nada. Como si le quitarán un parte de su esencia. Una parte de su alma. No podría dejarla escapar nunca más porque no tenía nada más.

La chimenea estaba encendida y ella sentía su calor en la piel. El sudor en su frente se resbalaba por sus sienes, pero eso no la detuvo. Ahora

interpretaba la canción favorita de su abuelo, la misma que había tocado antes de morir. Ahora más que nunca sentía su presencia cerca de ella. Marcus notó su cansancio y se fue a la cocina para traer un poco de agua fría para Nathaly. Sentía que le hacía honor a su memoria. En ese momento recordó aquellos días en lo que su abuelo la hacía reír con cada ocurrencia. Recordó la primera vez que tocó su rostro sin muchas arrugas. A pesar de su edad era un hombre que se conservaba muy bien, aunque su corazón era débil pero era algo de nunca admitiría en voz alta. En cambio Esther Bullock era una mujer anciana que siempre tenía problemas cardíacos. Había estado hospitalizada en varias ocasiones y la familia O'Donell pensaba que ella moriría primero. Son extraordinarias y confusas las vueltas que da la vida, ¿no? Franklin O'Donell murió un cuatro de febrero a las tres de la madrugada, en la paz y tranquilidad de su hogar con su familia y escuchado por última vez a su nieta tocar el piano.

¿Acaso había algo mejor que eso? No lo creo.

Sentía su vida fluir como un río tan rápido y tan vacío con cada tecla que presionaba sobre el piano. treinta minutos seguidos sin parar. Más de mil notas tocó sin cesar. Su vida resumida en una sola melodía. Su vida comenzaba a tener sentido ahora. Estaba dispuesta a dejar ir el amor de su vida para siempre y darle la oportunidad a uno nuevo. Oliver la hacía reír y nunca derramaba una lágrima al pensar en él. Por otra parte, pensar en Ethan le dolía. Era un dolor tan fuerte en el pecho que no soportaba más ese sufrimiento. Pensar en él y en su boda con Melissa Smith era una tortura para su corazón. Sentía que tomaban su corazón y los trituraban una máquina sin piedad. Su sólo recuerdo era el más grande de los castigos. Una penitencia que debía pagar por su cobardía.

Sin embargo, su nombre estaba incrustado en su mente y en su corazón. Era como si por más que intentara no pensar en él, más pensaba en cómo sería su rostro, cómo se sentirían sus labios contra los de ella, cómo sería su piel. Eso era lo que más le dolía de todo: el saber que nunca fue para ella y que nunca lo será. Eso lo tenía más que claro. Aún así, por un lado le costaba dejar ir aquellos recuerdos que la hicieron llorar, pero que también la hicieron reír; porque le dolían en lo más profundo de su pecho, pero debía dejarlo ir y aprender a vivir sin ellos.

No obstante, a varios kilómetros quien tenía que poder de hacer que se estremeciera su corazón y que flaquearan sus piernas con escuchar su voz ahora dormía con su prometida en la mansión Brown. Aún así, él pensaba en ella sin razón alguna. A pesar de tener a una mujer a su lado, en su cama, se sentía tan vacío. La imagen de Nathaly con Oliver sonriendo y hablando felices le rondaba en la cabeza desde hacía una semana. Hasta entonces no se había atrevido a preguntar qué había ocurrido entre ambos y la duda lo estaba consumiendo por dentro, pero tenía miedo a la respuesta por lo que decidió ignorar a Nathaly y a Oliver toda la semana.

Aún así, su imaginación volaba en su cabeza.

¿Se habrán besado? -se preguntó-. ¿Él se habrá atrevido a tal osadía? Ellos tienen derecho porque están fuera de compromisos, pero aún así.

Se pasó una mano sobre el rostro y comenzó a frotarse. Luego volteó para ver a su castaña prometida y apartó su brazo para poder levantarse de la cama e ir al baño. Abrió el tubo de lavamanos y mojó sus mano con el agua para echarse un poco de agua sobre la cara. Se miró en el espejo que tenía frente a él y dijo en voz alta:

- ¿Por qué me enoja tanto pensar que él la pudo haber besado esa noche?

No tenía sentido para él. Sentía una frustración y una confusión. No podía apartar la imagen de su pequeña Nat de la cabeza. Ella era tan sólo una antigua estudiante, una amiga del pasado; entonces, ¿por qué pensaba tanto ella? No podía estar celoso porque él estaba con Melissa. Aún así la ira calentaba su cuerpo a medida que imaginaba sus labio moviéndose en los de ella. Una osadía, eso era. Robarle su primer beso. Un beso que ni él se merecía y nadie más. Nadie era digno de probar esos labios, de tocar esa piel por primera vez, de mirar esos tristes ojos azules que le hacían llorar por dentro. Nadie podía tener el privilegio de ocupar su corazón. Ni siquiera él mismo se merecía ese gran honor.

Ethan era muy diferente a ella. Nathaly era una mujer pura, limpia, una blanca paloma. Ethan nunca supo valorar lo que la vida le daba. Se casaba con Melissa por compromiso, por los viejos tiempos, porque se sentía cómodo con ella, porque ella era igual a él. Pero no sentía ese algo que hacía su relación especial y no era por el sexo, porque el sexo era increíble, pero faltaba esa química especial fuera de lo sexual. En eso Nathaly, era incomparable con Melissa. Tan solo pensar que él la tocó, que la hizo suya aunque sea por una noche se le revolvía el estómago.

Ella no podía ser nadie. Absolutamente nadie tenía derecho siquiera mirarla. Ella era intocable. Un ser meramente inalcanzable. Un ángel.

- ¿Qué sucede? -preguntó Melissa en sus espaldas-. ¿No puedes dormir? -dijo mientras lo abrazada por la cintura. Él no dejaba de verse en el espejo.

- No -respondió cortante. Ella plantó suaves y tiernos besos en su piel. Besos que él quería fuera de ella.

Al día siguiente, Ethan vio salir a Oliver de la habitación de Nathaly mientras éste cargaba unas cajas llenas de instrumentos que debía llevar a su casa para desalojar el edificio por las reparaciones que estaba por empezar en unos días. Él venía seguido a verla y a Ethan le irritaba que lo

hiciera. Dejó las cajas en el suelo y caminó hasta la habitación con furia. Nathaly tocaba Far away de Yiruma. Traía una estúpida sonrisa en su rostro que a Ethan le molestaba aún más.

¿Acaso a ella le gustaba Oliver? -se preguntó.

La tomó de brazo con agresividad haciéndola detener lo que estaba haciendo. Ella espantada por el acto tan grotesco abrió los ojos con temor. Ethan la hizo levantar del banquillo con un movimiento brusco que hizo que Nathaly flaqueara las piernas. Su corazón estaba acelerado y su cuerpo temblaba. Los ojos de Ethan reflejaban furia. Estaba realmente molesto. Ni siquiera pensó lo que estaba haciendo, simplemente actuó. La adrenalina bombeaba su pecho.

- ¿Acaso te gusta? -le gritó furioso. Ella lo sintió.

- ¿Qué? apenas logró articular la rubia asustada por la actitud de su amigo.

- ¿Acaso te gusta ese tipo? -vociferó con fuerza.

- ¡Suéltame, me lastimas! -forcejeó un poco para zafarse de su fuerte agarre, pero Ethan no la dejó.

- ¿Acaso te besó aquella noche? -ahora su voz sonaba quebradiza. Ella confundida no respondió.

- Eso no te importa -gritó ella con fuerza. Volvió a forcejar.

- ¡Por supuesto que me importa! -volvió a gritar lo que llevaba por dentro, esta vez en voz alta.

- ¿Por qué?

"¿Por qué?" Esa era una pregunta sin respuesta. Ethan no lo sabía.

- Sólo responde -dijo con furia-. ¿Te besó sí o no? -preguntó de nuevo.

- ¡Sí! -dijo al fin con tanta fuerza que su voz rebotó por las paredes de la habitación. Hasta se escuchó en los pasillos de la academia.

Los ojos de Ethan se abrieron como platos al escuchar esa simple y única palabra. Su furia desapareció y se transformó en decepción. Tenía la esperanza que ella negara todo, que ella no hubiera permitido tal acto infame. La soltó y mirándola fijamente por última vez, se marchó corriendo de aquel lugar. Ella escuchó sus pasos a los lejos y siguió sus mirada hasta la salida, desconcertada por su repentina actitud mientras sujetaba su mano lastimada. Sintió las cicatrices marcas en su piel y con

dolor en su corazón se echó a llorar, cubriendo su rostro entre sus manos.

En ese momento apareció Marcus quien traía un vaso con agua para Nathaly, la vio llorar y sintió una punzada en su corazón. Corrió hacia ella, se agachó y tocó su hombro peguntándole qué ocurría. Ella sin responder y sin previo aviso rodeó su cuello entre sus manos y lloró sobre su hombro. Marcus la quería como a una de sus hijas y por eso le dolía verla en aquel estado tan lamentable; y para Nathaly él era como un segundo padre.

- ¿Por qué duele tanto, Marcus?

- ¿Qué cosa, señorita? -respondió con una pregunta.

- El amor -dijo entre sollozos-. Duele tanto.

- Porque el dolor nos hace sentir que estamos vivos y que podemos sentir -susurró en su oído.

Ella simplemente lloró sin parar. Su pecho dolía como nunca lo había hecho antes. Sentía una terrible asfixia que le quitaba la respiración y su corazón latía con tal fuerza que parecía que se saldría de su pecho. Como dolía en el alma su repuesta. Como se arrepentía de haber pronunciado aquella palabra con un fuerte significado. Aquella palabra destruyó sus últimas esperanzas de tener un futuro con el dueño de su corazón, del causante de sus sueños, el culpable de sus desvelos.

- ¿Cómo hiciste para sobrevivir cuando tu esposa murió?

- Fue difícil y dolió como nunca en la vida, me partió el alma en dos -admitió-. Pero mis hijas me dieron el valor que necesitaba para seguir viviendo.

- Desearía ser así de fuerte -ella confesó.

- Señorita Nathaly -la apartó de él despacio y la miró a los ojos acunando su rostro entre sus manos con ternura-, yo admiro su valentía y envidio su juventud. Usted es la mujer más fuerte en todo el mundo; si hay alguien que puede superar este gran dolor es usted sin lugar a dudas.

Habiendo dicho esto, ella continuó llorando e su hombro por las conmovedoras palabras de su más fiel empleado quien se había convertido en su más discreto confidente. Se convirtió en su amigo.

---*---*---

Capitulo 7

Oliver Coleman era todo un caballero con Nathaly. La respetaba a ella y a sus decisiones. La visitaba a la mansión Brown cada vez que podía, ya que estaba atendiendo sus deberes en la remodelación de la academia de música. Ya tenían tres semanas de noviazgo y Oliver estaba muy emocionado por el gran esfuerzo que Nathaly ponía en la relación. Aunque era difícil para ella, por el hecho que nunca había tenido un novio, entonces no sabía cómo actuar con él. Oliver le había dicho tan sólo debía ser ella misma porque no hacía falta actuar de otra forma, que así era perfecta. Ella por supuesto se sonrojó al oír sus palabras.

Por otra parte, Ethan cada vez estaba más molesto. Melissa planeaba la boda por sí misma, ya que Ethan siempre estaba gritando que ella tomara las decisiones de las flores, de la vajilla, de la decoración, de la recepción, de la comida, del pastel. El día de la degustación Melissa fue con sus damas de honor, quienes estaban desconcertadas con la actitud del novio. A lo que Melissa excusó a su futuro marido que era porque estaba nervioso por la boda. Dijo que todos los hombres se actúan así porque sienten que les quitan su libertad y por eso se asustan faltando poco tiempo para la boda.

La excepción fue la música, Ethan dijo que quería banda en vivo y Melissa accedió. Sin embargo, no estuvo acuerdo al saber que Ethan quería que Nathaly tocara el piano en su boda. Por ello, discutieron por dos semanas. Ella no estaba de acuerdo con esa decisión, pero tuvo que aceptar porque Ethan le dijo que si no era ella quien tocaba en la boda entonces no sería nadie y no habría fiesta; por lo que a regañadientes Y sin más opciones tuvo que acceder.

Oliver le había hecho una invitación a Nathaly para ir al teatro a ver Sueño de una Noche de Verano de afamado y aclamado autor de Othelo, William Shakespeare. Había conseguido los mejores asientos del teatro y aunque ella no podía ver las actuaciones de los actores, el gesto de Oliver la hizo sentir más normal que nunca. Él era un hombre considerado, pero sobre todo lo que más le gustaba a Nathaly era que él la trataba de esa forma tan linda y especial que la hacía sentir "normal".

La vida da muchas vueltas ya sea para bien o para mal. Las casualidades son casualidades o perfectamente pueden ser consideradas como obras del destino. Al terminar la primera mitad de la obra, se hizo un receso de media hora. Oliver y Nathaly habían salido del gran salón, y entre tanta gente caminando a su alrededor se encontraron de frente con Ethan y su prometida. Las dos parejas se dieron un saludo incómodo sin saber la razón. Ethan se sentía avergonzado por la extraña actitud que había adoptado la vez anterior, desde entonces él no ha podido ver a Nathaly directamente a los ojos. Melissa se sentía como si le hubieran arrebatado la alegría que hacía un momento tenía al ver a Nathaly, pero al mismo

tiempo estaba satisfecha al verla tomada del brazo de su actual novio Oliver, debido a que de esa forma su futuro marido se haría a la idea que ella ya tiene dueño.

Melissa siempre estuvo celosa de Nathaly por la forma tan espectacular en la que Ethan habla de ella en público. Además, que él la mencionaba casi las veinticuatro horas durante los años en que vivieron en Nueva York. Para ella era una tortura escuchar su nombre en voz alta y mucho si provenía de su prometido quien se suponía estaba enamorado de ella, por algo se iban a casar. Nathaly por otro lado se sentía incómoda al estar frente ellos, ya que sentía como si un montón de agujas se le clavaran en el pecho; Oliver se daba cuenta de ello por la dura expresión que puso repentinamente al escuchar sus voces riendo antes de verse.

- Buenas noches -saludó Oliver con un tono serio.

- Buenas noches -secundó Melissa con una falsa sonrisa-. No esperaba encontrarlos por aquí.

- Por qué lo dices? -preguntó Oliver.

- Bueno es un teatro en donde las personas vienen a ver -hizo énfasis en aquella palabra con la intención de herir a Nathaly. Oliver e Ethan la miraron con evidente desprecio por su comentario- obras.

- Melissa -la regañó Ethan sujetando con fuerza su mano. Estaba molesto e incómodo por su actitud.

- No -dijo Nathaly tranquila y los tres la miraron desconcertados-, está bien.

- No, claro que no está bien -respondió Ethan enfadado.

- Ethan -volvió a decir-, todo está bien. No me ofende. Ella tiene razón -su voz sonaba serena-. El teatro es para aquellos y aquellas que quieren ver una obra, pero no es necesaria la vista para ver. Puedo escuchar con atención lo que ocurre y eso es bueno, ya que presto más atención que cualquier otra persona para no perder ningún detalle de la obra. Además, ejercito la mente al imaginar lo que ocurre, lo que es mucho mejor que ver -enfatizó esa palabra- la actuación de los actores y las actrices. Tú lo sabes mejor que nadie, Ethan. La música nos hace imaginar cosas, historias, y eso es mucho más fascinante que cualquier otra cosa. Así que tú comentario, Melissa, no viene al caso porque no es necesario tener vista para saber qué pasa a mí alrededor.

Melissa no dijo nada. Estaba furiosa por dentro y en sus ojos era evidente la furia y la humillación que sentía en esos momentos. Ethan, por otro lado, estaba orgulloso del valor de su antigua alumna. Oliver también

estaba orgulloso de ella. En el poco tiempo que llevaba conociéndola, siempre fue una mujer tímida. Nunca decía lo que realmente pensaba, pero ahora era diferente. No necesitaba de nadie que la defendiera. Había logrado demostrar que ella podía combatir sus propias batallas. Aunque por dentro, Nathaly sentía su corazón latiendo con fuerza, incluso sus manos temblaban y sus piernas flaqueaban. Por fuera se veía tranquila, pero por dentro sentía que se moría.

Sin embargo, a pesar de esa sensación de temor, Nathaly se aplaudía a sí misma por tener el valor de defenderse sola. Ella siempre sufrió ese tipo de comentarios que le hacían sentir mal, aunque con el tiempo aprendió a sobrellevar lo que su condición conllevaba; pero debía dejar eso atrás si se trataba de Melissa Smith. Se dijo a sí misma que de ella no permitiría ninguna ofensa. De ella no, porque los insultos herían más si venían de su boca. Ethan propuso que al final de la obra fueran a cenar los cuatro en una cita doble. Melissa estaba que le hervía la sangre, pero no dijo una palabra para contradecir. Ethan tan sólo quería enseñarle una valiosa lección. Oliver y Nathaly se negaron al principio, pero Ethan insistió y final aceptaron la invitación.

Pasados unos quince minutos un hombre hizo llamar a los espectadores para que entraran al gran salón para la segunda mitad de la obra. Los cuatro caminaron hacia la entrada principal y se separaron. Oliver y Nathaly estaban en el balcón izquierdo de la segunda planta, y Melissa e Ethan en el otro extremo frente a ellos. Los cuatro tomaron asiento en sus respectivos lugares y la obra continuó. Las voces de los actores y las actrices resonaban por todo el lugar. Nathaly escuchaba atentamente cada palabra que decían mientras Ethan, muy poco disimulado, no le quitaba los ojos de encima a la bella mujer.

Esa noche lucía más hermosa que nunca antes. Su belleza iluminaba el lugar con su sola presencia. No traía puesto su habitual vestido blanco, sino un vestido celeste claro de escote recto, con tirantes rectangulares; ajustado al cuerpo lo que delineaba su preciosa figura: busto, caderas y cintura delgada. Además, el color celeste claro resaltaba sus facciones faciales: sus ojos se veían más claros, su nariz más respingada, y sus labios más gruesos y rojos que nunca antes.

Una diosa -pensó Ethan.

Una vez terminada la obra, los cuatro se encontraban en el restaurante sumidos en sus pensamientos sin decir ni una palabra. Ethan observaba cómo la trataba Oliver. Como siempre impecable con ella. No había queja alguna en su comportar. Le ayudó a leer la carta, le ayudó con el asiento y siempre fue un caballero. Oliver rodeaba el hombro de Nathaly con su brazo, acción que para Ethan era una tortura. ¿Cómo se atrevía a tocarla?

Pero lo que más le irritaba era que ella estaba bien con ello.

La joven regresó con la orden de los cuatro comensales y los comenzó a repartir sin errores. Era evidente que tenía una excelente memoria. Ambas parejas empezaron a comer en sumidos en un silencio incómodo hasta que Oliver decidió romper el hielo.

- Y ¿cómo les ha ido con los preparativos de la boda?

- Muy bien -respondió Ethan con incomodidad.

- Todo está perfecto -secundó Melissa.

- ¿Debes estar nerviosa? -insistió Oliver.

- No, ¿por qué haría de estar? Voy a casarme con el hombre amo.

- Cierto.

- Y ¿tú, Ethan?

- Yo estoy bien -respondió con brusquedad.

- Me alegra escuchar eso.

Los cuatro continuaron con su comida en silencio hasta que ambas parejas terminaron de comer. Ethan estaba cada vez más irritado cada que veía como Oliver le susurraba algo al oído a Nathaly y aún más al verla sonrojarse con cada palabra. Cada momento era una tortura para el rubio de ojos cafés. Deseaba tomar del brazo a su querida Nat y llevarla a otro sitio lejos del atractivo pelinegro.

- Contrólate, Ethan -le advirtió su prometida al oído, ya que había notado la forma en la que este miraba a la pareja frente a él.

Al continuar con el postre, Melissa no pudo aguantar aclarar que su boda y su compromiso con Ethan Brown iba en serio. Necesitaba dejarlo claro para aquella mujer que evidentemente le estaba robando, de forma indirecta, a su futuro esposo.

- Nathaly -interrumpió a la pareja. Ambos voltearon a ver a la mujer frente a ellos.

- Estoy consciente que eres una amiga -enfatiza esta última palabra- importante para Ethan. Es por esa razón que hemos decidido que antes de irnos a los Estados Unidos y hacer nuestras vidas allá, queremos que seas

tú quien toque en nuestra boda.

- ¿Qué? -dijo Nathaly sorprendida.

- Así es. Recordé la última vez que te oímos tocar el piano y eres increíble. No hemos encontrado a nadie similar. Además, eres la amiga de la infancia de Ethan, así que, ¿quién mejor que tú para hacernos ese... -hace una pausa buscando la palabra ideal, haciendo un ademán con las manos- honor?

- No sé que decir -murmuró.

Ethan estaba evidentemente molesto por su actitud. Sabía que la acción de Melissa era con la intención de agredir de manera indirecta a Nathaly. Él ya se había arrepentido de tal decisión. No supo que hacer ante tal situación y Nathaly mucho menos. Ethan rápidamente tomó la manos de Nathaly. Ella se tensó ante su acto y sentía como todo le temblaba.

- Nat -susurró-, no tienes que hacerlo si no quieres.

- No -se impuso ella y apartó su mano de la de Ethan ocultándola debajo de la mesa-. Está bien. De igual manera no creo que pueda. Hace mucho que no toco en público.

- Por favor -insistió Melissa-. Considerarlo un regalo de bodas hacia nosotros.

Nathaly no le quedó de otra que aceptar la oferta de Melissa. Después de todo de esa forma ella se convencería que Ethan no estaba destinado para ella después de todo. Ella asintió en respuesta y con un fuerte dolor en el pecho no pudo aguantar las ganas de llorar al llegar a su casa después de que Oliver la llevara en su auto. Por milésima vez juró no llorar por él. Ethan no merecía sus lágrimas, pero simplemente no podía cumplir. Era difícil aceptar que él se casaría con otra mujer y le dolía en lo más profundo de su corazón.

Ethan también sufría, pero no entendía aún qué sucedía con él. No tenía claro sus sentimientos. Tampoco podía lastimar los de Melissa quien estaba ilusionada con la boda y no podía hacerle daño a Nathaly, no podía jugar con sus sentimientos, pero tampoco quería alguien más lo hiciera. Oliver se dio cuenta aquella noche de dos cosas: la primera ya recordaba cuando y donde había visto a Nathaly antes. Hacía muchos años en un recital en la escuela, cuando él estaba en tercer año de secundaria. Él estuvo presente ese día y fue cuando la escuchó tocar por primera vez en su vida y su sintió que su corazón palpitaba con más fuerza que nunca antes. En ese momento se percató de la segunda cosa: estaba inmensa y perdidamente enamorado de aquella rubia de ojos azules con un gran talento. La amaba con todo su corazón. Nunca había sentido esa clase

sentimientos antes, al menos no con esa intensidad.

Melissa por otra parte, sentía más miedo de perder a ese hombre tanto amaba. Le había costado un mundo conquistarlo y aún así él no estaba enamorado de ella, al menos no de la misma manera en que ella lo amaba a él. ¿Qué tenía Nathaly que no tuviera ella? se preguntaba constantemente. Sabía que si no adelantaban la boda o al menos alejaba a Nathaly cada vez más de Ethan, él terminaría cancelando todo y no podía permitirlo. No podía dejar que su empresa se cayera abajo por culpa de una "ciega" insignificante, se repetía.

La verdad era que su empresa estaba al borde de la quiebra por culpa de su contador quien les había robado una enorme cantidad de dinero de las ganancias de la empresa y tras falsificando los registros hizo creer a los dueños que estaban perdiendo dinero debido a que ellos no querían invertir en nuevas ideas. Después de dos años de investigaciones encubiertas por parte de la policía, se dieron cuenta que la culpa fue él. El hombre fue encarcelado, pero el dinero lo perdieron. La mitad fue a dar a una cuenta secreta del ladrón y la otra mitad se la dejó la policía como evidencia. La realidad era que lo había perdido todo, pero no podía admitirlo. Por esa razón debía casarse con Ethan Brown quien tenía mucho dinero para así poder salvar su empresa familiar.

Espero que me perdones algún día, Ethan -se dijo a sí misma antes de caer en un profundo sueño.

Al día siguiente, Melissa sin decir nada fue a la mansión O'Donell a buscar a Nathaly. Ahora ella tocaba en su casa para no ir a la academia y encontrarse con Ethan. Melissa se presentó ante el mayordomo de la mansión y este fue a buscar a Marcus. El chofer le dijo que ella bajaría en unos minutos y así fue. Nathaly lucía un vestido rosado pálido largo hasta el suelo cuando bajó por aquellas escaleras. Melissa estaba sorprendida al verla caminar por el espacio sin problema alguno. Ella se desenvolvía en su casa, ya que lo conocía, pero en otro lugares era más difícil para ella.

- Señorita Smith, ¿qué la trae por aquí? -le dijo sin mostrar ni un rastro de debilidad.

- Señorita O'Donell, ¿desea que les traiga algo de tomar? -preguntó el encargado de la casa.

- Melissa, ¿desea algo? -preguntó a la visitante.

- No será necesario, mi visita es rápida.

Nathaly hizo un ademán con la mano indicando que se podía retirar. Marcus se quedó con ella hasta que ella le dijo a todos que las dejaran solas en la sala de estar. Melissa debía admitir que su casa era enorme,

era evidente que esa familia vivía con lujos y comodidades. Ambas tomaron asiento en los cómodos y elegantes sofás tapizados de color blanco haciendo juego con las paredes pintada de color celeste pálido con blanco.

- Debo admitir que su visita es inesperada -dijo Nathaly aparentando confianza, aunque por dentro su corazón latía a mil por hora-. ¿En qué puedo ayudarla? -preguntó con cortesía.

- Sólo vine para advertirle que no se entrometa en mi relación con Ethan -dijo de golpe, pero cortés-. Estoy al tanto de su historia, pero es exactamente eso: historia.

- No sé de qué me habla.

- No te hagas la mosquita muerta que no te queda -Nathaly se tensó-. Sé que estás enamorada de Ethan. Eso es algo que se nota a leguas.

- Eso no es verdad -negó con la frente en alto.

- No me importa lo que digas, tan solo quiero que te alejes de nosotros -advirtió. Se levantó de su asiento y se colgó el bolso Channel en el hombro. Nathaly sintió su movimientos e hizo lo mismo -. Después de la boda nos iremos a...

- A Nueva York -interrumpió-, lo sé.

- Así es, pero lo que no sabes es que estoy embarazada de Ethan -Nathaly cayó de golpe sobre su asiento con asombro.

- ¿Qué? -murmuró.

- Como lo has oído -afirmó-. Por esa razón te quiero lejos para dejarnos ser una familia.

Nathaly no reacciona. Siente como un nudo atrapado en la garganta, que crece y crece con cada palabra.

- Espero que lo entiendas -dijo esto último y se retiró.

Nathaly no se movió de su lugar. Su mente estaba en blanco y no sabía qué hacer. Si su corazón no estaba del todo roto, estaba segura que ahora estaba completamente destrozado, destruido en miles de millones de pedazos. Esta vez no hubieron lágrimas que llorar, esta vez sentía que había muerto de verdad. Ahora sí que no podía sentir nada más. Marcus se acercó a ella despacio y le preguntó si estaba bien a lo que ella le respondió que estaba perfecta y se dirigió a gran salón a tocar el piano

como si nada hubiera pasado.

Esta era la última vez que Ethan hería su corazón, ya que esta vez se cerraría para siempre. Se convertiría en una persona fría como el hielo y dura como una roca. Pensó que ya era suficiente dolor y sufrimiento. Ni siquiera Oliver podría hacer algo al respecto. Ahora sí que había perdido a Ethan para siempre y a ella ya no le importaría más si él está bien o no. Estaba determinada a arrancar a Ethan de su corazón, borrarlo de sus pensamientos, eliminarlo de su vida, asesinar hasta el más mínimo sentimiento por él.

---*---*---

Capitulo 8

Han pasado algunos días desde que Melissa fue a la casa de Nathaly para pedirle que se alejara de su prometido Ethan Brown. Nathaly siguió con su vida como si esa visita nunca hubiera pasado. Oliver iba a su casa de vez en cuando, ya que estaba ocupado con el trabajo de la remodelación de la academia. Además, él estaba algo avergonzado por lo que había hecho.

Hacía unos días había leído un anuncio en el periódico que habían abierto audiciones para ingresar en la Orquesta Sinfónica de Londres. Evidentemente Nathaly se negó a participar, así que sin su consentimiento Oliver le grabó un vídeo tocando el piano sin que ella se diera cuenta con su móvil y lo envió a los productores de la orquesta. En unas semanas recibiría una llamada del director para saber los resultados, de los cuales él conocía los resultados ya. Era lógico que la aceptarían, tan sólo tenía que esperar la llamada y sería todo. Claro que Oliver se estaba arriesgando a que Nathaly lo odiara de por vida, pero eso no le importaba si ella se daba cuenta que su lugar era arriba en el escenario, compartiendo su talento con las personas. Le quería hacer ver que ella podía crear colores, podía crear un arco iris en medio de una tormenta gris, y podía darle alegría al más desdichado de los hombres.

Faltaban ya pocos días para la boda de Ethan y Melissa, ella estaba con la diseñadora para ver los últimos detalles de su vestido. Nathaly no dejaba de pensar en las palabras de Melissa el día que fue a su casa para decirle que ella estaba embarazada. Estaba realmente deprimida. Quería olvidar aquel momento, pero la verdad era que no podía hacerlo. Cada noche imaginaba a Ethan al lado de Melissa en una hermosa casa de campo sonriendo, ella estaba embarazada de su segundo hijo, ya; y ambos se decían cuanto se amaban el uno al otro. Eso era una punzada profunda en su pequeño y frágil corazón.

Marcus se acercó a Nathaly despacio para entregarle un vaso con agua, ella dejó de tocar el piano y tomó el vaso. Bebió el agua despacio.

Agradeció al Marcus y este se alejó.

Ella comenzó a tocar Polonesa Op 53 de Frédéric Chopin. El sonido resonaba por todas la paredes de la enorme mansión O'Donell. Esa canción animaba un poco la depresión que sentía su corazón. Necesitaba un escape y lo encontró bajo las hermosas notas de Chopin. En esos momentos mientras ella le trataba de dar un poco de paz a su vida, unos hombres extraños llegaron de improvisto. El mayordomo que los recibió les hizo pasar al gran salón, escucharon la melodía que provenía de allí y ahí lo vieron con sus propios ojos como si fuera un ciervo perdido en medio del bosque.

Vieron aquella pasión, aquel sentimiento que ella transmitía con su expresión serena, con sus movimientos de cabeza, disfrutando la música, sintiendo la melodía en sus oídos. Aquellos dos caballeros se deleitaron con su talento como si estuvieran en un restaurante saboreando un delicioso postre único hecho por uno de los mejores chefs en toda Europa. Seis minutos de pura pasión, de puro talento, de puro sentimiento. Ella movía sus dedos con fluidez. Sus movimientos eran impecables, limpios, rápidos, perfectos, precisos. Ni un sólo error.

Ambos caballeros aplaudieron cuando ella hubo acabado de tocar esa pieza espectacular con tanta calidez. No pudieron evitar alabar su talento al instante y sin dudar se acercaron a aquella mujer asustada y confundida. Les preguntó quiénes eran y ellos respondieron que eran los productores de la Orquesta Sinfónica de Londres y que habían venido a su casa para comprobar lo que habían visto en aquel vídeo para la audición. Ella confundida por lo que estaba pasando, le volvió a preguntar qué hacían allí. Uno de los caballeros respondió que habían recibido un sobre con un disco y al ver el vídeo se maravillaron tanto con su talento que necesitaban verlo con sus propios ojos.

- Lo siento sigo sin entender -dijo ella.

- Hemos venido para invitarla personalmente a formar parte de la Orquesta Sinfónica de Londres -dijo el hombre de bigote de candado.

Nathaly no sabía de qué se trataba ese complot que formaba esta pareja. No supo que más responder además de que la dejaran pensarlo. No sabía cómo había llegado un vídeo de ella tocando el piano a sus manos y mucho menos sabía quién la había grabado.

¿Quién se tomó la libertad de hacerlo? -se preguntaba.

- De acuerdo -dijeron los hombres también confundidos, ya que pensaban que había sido ella quien mandó el vídeo.

Ambos se marcharon por dónde llegaron. Un par de horas después su padre llegó y escuchó a su hija tocar una melodía que no escuchaba hacía muchos años. Unfogettable de Nat King Cole. Era la canción que habían tocado el día de su boda. El día en que se unió a la madre de sus hijos e hijas. El día más feliz de su vida. Esa canción le traía hermosos recuerdos. Recuerdos que le dolían en lo más profundo de su destruida alma. Aun así, Arthur pensó que fueron buenos momentos. Momentos que con el tiempo se esfumaron con el viento, y finalmente se dio cuenta que ya era hora de pasar la página, dejar el pasado atrás y seguir con su vida. Una nueva vida.

- Es una pieza hermosa -interrumpió Arthur los pensamientos de su hija cuando ésta había terminado de tocar.

- Me recuerda a mamá -dijo la bella chica mientras miraba a la deriva perdida en los recuerdos.

- A mí también -admitió su padre. Él tocó su hombro con delicadeza, se inclinó y besó su cabeza con amor-. Ya es tarde, debes descansar -dijo y ella escuchó sus pasos alejarse lentamente.

- Padre -dijo ella y el hombre ya cansado se detuvo en el marco de la puerta-. ¿Qué dirías si decidiera tocar un público nuevamente?

- Diría que estoy orgulloso de ser el padre de la mejor pianista del mundo.

Habiendo dicho esto él se marchó a su respectiva habitación en el segundo piso de la enorme casa, y Nathaly se quedó en su lugar con los ojos clavados en el intenso y cálido fuego de la chimenea que alumbraba gran parte de la habitación donde se encontraba. Puso sus manos nuevamente sobre el piano. Esta vez no hizo nada más que tocar la lisa madera y las suaves teclas de marfil.

Sentirlas bajo la piel de sus dedos era casi tan erótico como tocar la piel del ser amado, sentirlo en cada parte de tu cuerpo, cada fibra de su ser. Besar cada rincón, cada lunar, cada esquina, sentirlo tuyo por completo como si fueras el dueño de su mundo, de sus pensamientos, de su sentimientos, de su alma. Como si conocieras la palma de tu mano con tan sólo sentir su respiración agitada resoplando sobre tu cuello mientras duermen en la suave y blanda cama abrazados, sintiendo el calor del otro bajo las sábanas. Como si en esos segundos sólo existieran ellos dos en el mundo, como si lo único que escucharan fueran los bellos susurros de las melodías de sus corazones latiendo con fuerza a la luz de la luna grande y redonda rotando a la par de la Tierra, siento su compañera, su sombra, siguiéndola como si no tuviera nada mejor que hacer.

Ella ansiaba esas caricias, quería reclamar esos besos, adueñarse de los pensamientos del único hombre al que realmente ha amado. Oliver era un excelente hombre, que la trataba como si fuera una princesa. Caballeroso, amable, respetuoso, honesto y sobre todo la amaba con todo su corazón; pero había un problema, él no era Ethan. Él era perfecto para ella, cortados con la misma tijera, con varias cosas en común, con secretos que con tan sólo una mirada salían a la superficie del eterno mar de los "estoy bien". Era tan transparente. Franco como ninguno otro, siempre te lanzaba una bella sonrisa aún en los momentos más difíciles y oscuros, tan sólo para hacerte reír. Ella, más que nadie, deseaba ver esa sonrisa y admirar sus hermosos ojos que, aunque ella no pudiera verlos, sentía su poderoso efecto sobre ella cuando él le lazaba una mirada.

¿Qué no daría ella por decir aquellas palabras que están atoradas en su garganta, aquellas palabras llenas de verdad? ¿Qué no daría ella por librar ese amor que llevaba oculto desde hacía tanto tiempo? Que difícil es amar a alguien en las sombras, pero más aun ocultarlo en la penumbra de la oscuridad. Como si fuera algo prohibido e incorrecto. Ella no quería que su amor fuera algo prohibido, indebido. Pero así era. Tantas veces se había prometido que no lloraría más por ese gran amor que la destruía por dentro, pero es que le dolía tanto. ¿Cómo no llorar por el sufrimiento? ¿Cómo no llorar por no ser feliz? ¿Cómo no llorar por su vida que le había sido tan cruel? Tal parecía que el universo no quería que ella fuera feliz, pero ¿por qué? ¿Por qué era tan cruel con ella? ¿Qué pecados estaba pagando? ¿El amar a un hombre comprometido era su manzana? Pero, ¿qué podía hacer ella para arrancarse del corazón a Ethan Brown?

--*---*---

Capítulo 9.

- Acepto -dijo ella.

Su voz dominó las paredes del teatro. las personas frente a ella voltearon hacia atrás y la vieron allí de pie, con su vestido color menta, con vuelos en las mangas y escote corazón, hermosa como siempre. Al lado de ella, se encontraba Marcus sosteniendo su mano, la encaminaba más cerca de aquellos hombres que la miraban desconcertados. Los productores estaban felices, pensaban que esta temporada tendrían mucho éxito gracias a los servicios y al gran talento de aquella chica rubia, de mirada tierna y dulce, y con unos dedos que podían hacer volar a cualquiera que la escuchara.

- Magnífico -dijo Louis, el hombre de bigote de candado.

- Es la mejor noticia que podíamos escuchar después de tantos problemas que hemos tenido últimamente -dijo Michael, el hombre de cabello

alborotado y de gafas redondas.

- ¿Quién es ella? -vociferó desde el escenario Sergio Rossi, un violinista italiano que tocaba con la orquesta desde hacía dos años. Era la estrella, el mejor; egocéntrico hasta los huesos, guapo como ninguno y un soltero y mujeriego empedernido.

Sergio bajó del escenario y corrió junto a los dos hombres acompañado del director de la orquesta Mario Macotella, uno de los mejores directores de la industria musical. Los dos productores les explicaron a los dos hombres quién era la hermosa mujer que estaba frente a ellos. Estaban un poco desconcertados con la repentina llegada de Nathaly O'Donell que ambos la miraban con recelo, especialmente al notar su ceguera.

¿Acaso es tan buena como dicen que es? -se preguntó el director.

No creo que esta chica sea tan buena como dicen que es -se dijo el violinista-. No es mejor que yo.

- Apostaría mi vida a que es la mejor pianista que hayamos tenido en la orquestara. Tal vez, incluso la mejor música en toda Londres -se atrevió asegurar Louis con tanta que seguridad que todos quedaron boquiabiertos. Sin embargo, lo estarían aun más cuando la escucharan tocar.

- Que toque entonces. Quiero escuchar y luego veré dónde la coloco. Estamos casi llenos.

- Ya tiene puesto -interrumpió Louis-. Será parte del evento principal.

- Pero yo soy el evento principal -reclamó Sergio.

- No quiero provocar problemas -dijo Nathaly.

- Tú no eres ningún problema, querida -dijo Michael-. Ambos compartirán el escenario.

- ¡¿Qué?! No! El escenario es mío. Sergio Rossi no comparte escenario con nadie.

- Pues tendrás que hacerlo o quedas fuera, así de simple y sencillo -dijo Louis.

Nathaly estaba muy incómoda por la situación. En ese momento Michael le dijo que subiera al escenario y se acomodara en el piano de cola color negro que estaba en medio, porque iba a tocar con la compañía de Sergio Rossi. Ella obedeció. Una vez arriba en el escenario ella se acomodó en el banquillo probó los pedales, puso sus dedos sobre los teclados. Eran lisos

y suaves. Ella notó que era un piano diferente al que estaba acostumbrada a tocar. Sammuel Brown, estaba oculto en una esquina observando la escena. Era uno de los productores de la orquesta. Tenía su mano ligeramente puesta sobre sus labios con el ceño fruncido. Ya había escuchado tocar a Nathaly, pero era la primera vez en mucho tiempo que la veía tocar en público; siempre se ocultaba en su habitación. Además, conocía las necesidades que ella requería, por ejemplo un piano especial con teclas en braille. Sentía curiosidad por saber qué haría ella, si decir que no puede hacerlo o tocar para demostrar que no necesita de nada especial para mostrar su enorme talento. ¿Qué iba hacer?

- Moderato, N° 2, Op 18 de Serguéi Rachmaninov -dijo Sergio, según él escogiendo una canción complicada, pero a Nathaly no le importó y asintió.

Nathaly evidentemente estaba asustada. Ahora tenía público que la escucharía, y no tenía su piano. Las manos le sudaban terriblemente y sentía como su pecho se inflaba y desinflaba con su rápida respiración. - ¿Qué voy hacer? - Se repetía - ¿Y si me equivoco? - En ese momento, recordó las palabras que Ethan le decía para calmar sus nervios. "Confía. Ten confianza en ti misma y todo saldrá bien. Yo confío en ti". Cerró sus ojos, tomó una bocanada de aire y exhaló. Sus manos dejaron de temblar y su respiración se reguló. Colocó sus manos sobre las teclas de marfil y dejó que su corazón tocara por ella.

Desde muy pequeña amaba la música y en ella encontraba la paz y el consuelo que necesitaba. Sus dedos se movían con una fluidez que ni el mismo Sergio, por muy genio que fuera con el violín no podía ni alcanzar, iba un poco a destiempo con ella; lo que le dio más cólera. Era la primera vez que tocaba un piano, realmente a ciegas, lo único que tenía era canción en su mente. Se la sabía de memoria. Y eso les pareció todavía más impresionante a su público, especialmente al director. Era una genio lo que tenía en sus manos. Beethoven, quien con su sordera tocaba como los dioses aún sin escuchar sus propias composiciones, era considerado un maestro, un genio y nunca más se vio algo así, y ellos nunca pensaron ver algo así en su vida. Sin embargo, Nathaly, aún sin poder ver lo que estaba tocando, en ese momento llego a ser la más talentosa, prodigiosa e impresionante música mujer que haya existido en la historia de la música clásica. Ese fue su inicio de su carrera.

Al terminar, incluso hasta el mismo director aplaudía. Y como no iba hacerlo, tenía que tragarse su orgullo y aceptar que Nathaly era la mejor entre todos aquellos músicos que dejaron de hacer lo que estaban haciendo para acercarse y escuchar. Ellos también aplaudían emocionados. El encanto natural era un gran talento que tenía la familia O'Donell. Era imposible resistirse. Parecía una familia perfecta aún con sus

imperfecciones.

¿Por qué todos aplauden con tanta euforia? Es solo una ciega que sabe tocar el piano -refunfuñó Sergio internamente.

- No esperaba menos de Nathaly O'Donell -vociferó Sammuel Brown desde su asiento.

Todos voltearon preguntándose en qué momento había llegado. Él era el productor más importante de esa compañía, por lo que todos le tenían mucho respeto, incluyendo a Sergio. Un ente muy importante y no solo económicamente hablando. Era bien reconocido por su antigua carrera, por eso todos lo conocía muy bien. Nathaly reconoció su voz a lo lejos.

- ¿Usted la conoce, señor Brown? -preguntó Louis.

- ¿Cómo no? Si fue mi alumna -respondió con orgullo-. O mejor dicho, la de mi hijo.

Nathaly se sonrojó.

- ¡Ah! Es bueno oír eso. Me hace sentir bien pensar que hice una buena elección.

- Nunca lo dudes. Nathaly, querida, ¿podemos hablar?

- Claro profesor.

Ella estiró la mano para sujetar la mano de Marcus, quien acudió al instante. Los tres se fueron de aquel teatro sin más para irse a hablar a una cafetería. Una vez allí, Marcus se quedó lejos en una mesa sumido en su celular mientras Nathaly y Sammuel hablaban.

- Estuviste magnífica -dijo el hombre al frente suyo. Ella no respondió y se sonrojó por su comentario. No estaba muy acostumbrada a los elogios, le incomodaban-. Claro eso no se dice, ya se sabe. Quería hablar contigo por mi hijo -ella levantó la mirada desconcertada-. Sé lo que sientes por él. Siempre lo he sabido, así como también sabía que siempre has esperado por su regreso. No te sorprendas, bastaba con ver cómo tu mirada cambiaba cada vez que te decía que estaba bien o que te manda saludos desde los Estados Unidos. Extraño a esa niña con esa carita de inocente, tan linda como siempre. Tocando en para otros esperando encontrar entre el público a Ethan. Esa eras tú.

>> Desde que te fuiste las cosas cambiaron no solo ara mí, sino para todos. Siempre preguntaban por ti y yo les decía que estabas bien, pero la verdad era que nunca supe qué decir. Tú eras la inspiración para muchos de esos chicos y chicas -hizo una breve pausa-. Ethan llamó una vez

preguntando por ti -ella levantó la cabeza sorprendida-, no quería decirle que no habías regresado y le inventé estabas bien. Él quería hablar contigo, pero le dije que estabas ocupada. Él nunca se olvidó de ti. No sé qué habrá pasado entre ustedes, pero no me gusta ver que su amistad está arruinada. Tú le haces bien a mi hijo, he visto cómo te mira y sé que él siente algo por ti como tú sientes algo por él. No lo dice, pero lo sé. Soy su padre. Por me atrevo a asegurar que él no quiere casarse con Melissa.

- Usted se equivoca -por habló-. Si él de verdad sintiera algo por mí, rompería su compromiso con Melissa más no es así. Además, no puede. Tiene que cumplir con sus responsabilidades.

- ¿A qué te refieres?

- Eso es algo que no me concierne, pero le puedo asegurar que Ethan no siente nada más allá que una simple amistad. Y no. No me equivoca. Yo amo a Ethan, pero también sé que él jamás podrá amar a alguien como yo. Si así hubiera sido él me hubiera buscado antes, hubiera hablado y entonces, ahora, estaríamos juntos. ¿No lo cree así, profesor?

- Es verdad -admitió.

- Entonces, por favor olvide mi confesión, olvide que usted y yo hablamos y sobre todo no vuelva a mencionarlo. Yo ahora estoy con un hombre bueno, que me quiere y con el que me siento bien a su lado.

- ¿Él te hace feliz? ¿Tú lo amas?

Ella no respondió. No podía responder una pregunta de la cual no sabía la respuesta.

- Aprenderé hacerlo. Solo necesito tiempo.

Él asintió. Ella le pidió tiempo a la vida, tiempo para enamorarse de Oliver, tiempo que evidentemente no tenía. Quería tiempo para olvidarse de todo el dolor y el sufrimiento de un amor no correspondido, de un amor que para ella era imposible. Y aunque no quisiera admitirlo, sabía que Sammuel tenía razón: ella lo amaba y sabía que era imposible olvidar aquel amor de la noche a la mañana, pero tenía que intentarlo si quería ser feliz, tenía que hacerlo. Sabía que no sería fácil, pero llegaría el día en que ya ni de su nombre se acodaría. O al menos en eso confiaba.

Al caer la noche, llovía tan fuerte que parecía como si se fuera a caer el cielo. Ethan Brown estaba en un bar "celebrando" su despedida de soltero. Ya quedaban solo unos días. Melissa también estaba en una fiesta con sus amigas en su departamento. Habían llevado unos strippers para que le bailaran en ropa interior. Estaban felices bailando con la sexy música, comiendo pastel, bebiendo vino del bueno. Chardonnay. ¿Qué más podían

pedir? Ethan estaba solo en el bar The blue flower. Tenía un vaso con whiskey en sus manos pensando en cómo sería su futuro cuando se casara con Melissa y en cómo hubiera sido todo de diferente si su boda fuera con Nathaly. Pensaba que de seguro estaría más feliz, más ilusionado. Su padre tenía razón: no era del todo feliz, y no creía que estuviera tomando la decisión correcta.

Ethan estaba tan sumido en sus pensamientos que ni cuenta se había dado que a su lado estaba una mujer muy atractiva, rubia, delgada, con pechos grandes y ojos claros observándolo intrigada en por qué él estaba tan pensativo. Se llamaba Jennifer, pero sus amigos le llamaban Jenny, acababa de terminar con su novio -la razón por la que se encontraba allí esa noche- y necesitaba de un buen polvo para superar su dolor. Era obvio quién era su próxima victima.

Jenny, llamó al bartender levantando una mano y este la atendió. Ella le dijo que le enviara un vaso de whiskey de parte de ella y este lo hizo. Ethan levantó la cabeza y volteó a ver a la muchacha quien lo mirada con determinación haciéndole saber que le estaba coqueteando. Él tomó el vaso con una mano y lo elevó como forma de agradecimiento y ella asintió. Ethan bebió un trago. Jenny se levantó de su asiento y se sentó a la par de Ethan, recostó su codo sobre la barra del bar y luego puso su cabeza sobre su mano, observándolo fijamente.

- ¿Cómo te llamas?

- Ethan -respondió cortante.

- Me llamo Jennifer, pero puedes llamarme Jenny.

¿A mí qué me importa? -pensó.

- ¿Vienes aquí a menudo?

- No.

Que aburrido que es -pensó ella-. Pero es atractivo y eso compensa su actitud.

- Entonces, ¿qué haces aquí?

- Bebiendo.

- Eso lo puedo notar, pero ¿por qué?

- Problemas personales.

- ¿Quisieras compartirme esos problemas? -en ese momento ella puso su mano sobre la de él delicadamente y él notó sus intenciones.

- Jenny, pareces una chica muy agradable con quien pasar un buen rato y en otro momento no me hubiera negado a pasar una noche contigo. Pero, aún intento averiguar si eres tonta o definitivamente no notas que no estoy de humor para tus inútiles coqueteos -se puso de pie-. La cuenta por favor.

El bartender le dio un papelito, lo revisó, sacó su billetera y pagó en efectivo.

- Aún así, muchas gracias por el trago -dijo finalmente y la dejó a ella indignada sintiéndose mal por su repentino comportamiento. Aunque eso no la detuvo y se buscó al siguiente.

Ethan, tambaleándose un poco llamó un taxi que pasaba cerca de él. Se montó en el taxi y sin darse cuenta dio la dirección al conductor, a quien evidentemente no le importaba a dónde iba manejó en la dirección indicada. Al llegar a la enorme casa, Ethan pagó el precio que indicaba en el taxímetro, para que finalmente el conductor se fuera. Él tocó el timbre de la casa y el mayordomo atendió el llamado. Era Etah Brown en la casa de los O'Donell.

- Necesito hablar con Nathaly -dijo arrastrando las palabras.

- La señorita O'Donell está descansando ahora. Me temo que tendrá que esperar hasta mañana.

- Pero yo necesito hablar con ella ahora -gritó.

Nathaly quien estaba en su cama, escuchó el escándalo de afuera y se levantó de la cama, y bajó las escaleras con dificultad. Cada vez estaba más cerca de la entrada y podía escuchar más fuertes los gritos. El mayordomo impedía la entrada que Ethan intentaba forzar. Ella reconoció la voz y los detuvo.

- Esta bien -gritó ella. Ambos se detuvieron-. Hablaré con él.

---*---*---

Capítulo 10.

- ¿Qué haces aquí Ethan? -preguntó Oliver desconcertado.

- Vine porque tenemos que hablar.

- Yo no tengo nada de que hablar.

- Te equivocas. Tenemos de mucho. Para empezar, Nathaly O'Donell.

- No te entiendo.

Ethan antes de ir al bar The blue berry había hablado con su padre sobre su decisión de casarse con Melissa. Luego, al salir en aquel taxi del bar fue a casa de Oliver Coleman para confesarle sus sentimientos hacia Nathaly. Recién se había dado cuenta de la terrible de necesidad a causa de su ausencia. "¿Estás seguro que Melissa es tu felicidad?" -le preguntó su padre. "¿Por qué lo dudas?" -respondió su hijo con otra pregunta. "Porque no te veo muy entusiasmado, hijo. Tal lo estarías si fuera con la mujer que amas". En ese momento se dio cuenta de a quién se refería. "He visto como la miras. Tu rostro se enciende, tu respiración se entrecorta y tu corazón se paraliza. Tal vez no te has dado cuenta aún o tal vez no quieras aceptarlo por culpa, pero te has enamorado de esa niña inocente, tierna y dulce. Y no te culpo por ello" -su padre le hizo abrir los ojos. "Es simple admiración" -era amor y ambos lo sabían.

- No me vengas ahora con que te diste cuenta de que la amas.

- Sí -dijo Ethan con firmeza.

- Jajaja... Por favor -dio algunos pasos lejos de la puerta y luego se acercó de nuevo a Ethan con enfado-. A otro perro con ese hueso, Ethan.

- Lo digo en serio. La amo y sé que ahora es tarde para nosotros, pero...

- Sí muy tarde porque ahora ella está conmigo -lo interrumpió.

- Pero -continuó ignorando al pelinegro-, sé que ella también siente algo por mí y voy a luchar mientras esa pequeña esperanza siga encendida.

Oliver no podía creer lo que estaba escuchando. Sabía que con Ethan de por medio no tendría oportunidad con Nathaly. Sabía que ella lo escogería a él y aunque fuera lo contrario, ella no sería tan feliz con él como sería con Ethan. Tenía que reconocerlo, tenía las de perder. Ethan llevaba mucho tiempo en su corazón y ese amor no podía ser apagado de dos segundos como si fuera la llama de una vela. Se necesitaba tiempo y con Ethan decidido se le agotaba ese tiempo. Pero Oliver no se daba por vencido tan fácil.

- Deja de buscarla o verás de lo que soy capaz -dijo en un tono amenazador.

- No se puede negar la verdad -replicó Ethan casi gritando, tratando de

hacerle entender su punto. Intentando convencerlo de desistir.

- Y según tú, ¿cuál es esa verdad?

- Que nos amamos.

Su respuesta le cayó tan fuerte en su cabeza con la potente fuerza de un rayo en medio una tormenta. Era verdad. Ellos se amaban.

- ¿Qué es lo que buscas? ¿Ser el primero en su vida?

- No. El primero no. El único.

Oliver no dijo nada. Se limitó a decir que no le iba a dejar el camino libre, que tendría que pasar por sobre él antes que le quitara a la chica que le robó el corazón. Luego, Ethan se fue en el taxi que lo llevó a la casa de Oliver y le pidió que lo llevara a la mansión O'Donell. Ya debía 35£ por la espera. Le pagó al chofer quien se fue feliz por su paga, ahora solo tenía que hacer una vuelta más y se iría a casa. El mayordomo le había traído de la cocina una taza de café cargado para bajarle un poco la borrachera. Nathaly amablemente lo acompañaba con una taza con té con una rodaja de limón. Ya eran pasadas la media noche.

- Espero no haber molestado a tu padre -dijo Ethan haciendo una mueca por el mal sabor del café negro.

- No está. Se fue visita a casa de mi abuela por unos días. Hace tiempo no sabemos de ella y mi padre estaba preocupado.

- Que suerte.

Hubo un silencio incómodo por unos minutos. Ethan no sabía cómo empezar la conversación. Estaba nervioso, lo que era muy inusual en él. El galán de galanes estaba nervioso ante una presencia femenina, pensando en cómo confesarle sus sentimientos. ¿Cómo empezar? ¿Qué debería decir? ¿Cómo actuar? Ella bebía tranquilamente de si taza el cálido té.

- Te amo -le soltó de golpe, lo que hizo de Nathaly se atragantara con su té-. ¿Estás bien? -dijo mientras se acercaba a ella preocupado.

- Sí, eso creo -respondió ella haciendo un ademán con la mano para quitarle importancia.

- Lo siento, debí esperar o decirlo de otro modo.

- No te preocupes, todo está en orden. Solo que, me tomaste por

sorpresa.

- Perdona, es que no podía esperar. Tenía que hacerlo ahora o nunca más tendría el valor para hacerlo.

- Ethan, estas a unos días de casarte.

- Lo sé, pero no puedo evitar sentir esto que siento.

- No es amor lo que sientes, Ethan. Es compasión.

- No es verdad. Al principio inicio como una admiración por tu talento, tu valentía, luego curiosidad porque no sabía nada de tu vida, aún siento curiosidad por llegar a conocer cada rincón de tu ser -puso una mano sobre la suya estremeciendo a la pobre chica que estaba desconcertada con lo que estaba pasando-. Luego, cuando supe que salías con Oliver me comenzaron a dar celos. Yo me había ido mucho tiempo, no escribí, no llamé, era lógico que te enamoraras de otro hombre. Que te besara, que te tocara. Sentía mucha ira y no sabía por qué.

>> Nathaly, estaba sufriendo por ti. Habías perdido la confianza en mí, cuando antes solías contarme todo. Era muy raro no saber de tu vida después de que prácticamente yo te vi crecer. Me sentía vacío sin ti a mi lado como siempre habías estado.

- Ya no soy aquella niña tímida que siempre colgaba de tu brazo con miedo a las personas, Ethan.

- Lo sé. Y me gusta la mujer en la que se ha convertido esa niña. Es hermosa, inteligente, valiente.

- Y ciega -recalcó ella bajando la cabeza con vergüenza.

- Lo que más me gusta de ti -ella levantó la mirada sorprendida por su confesión-. Has logrado que muchos jamás podrán hacer en su vida. Tocar el piano como una diosa, literalmente, con los ojos cerrados.

- Mis dedos son mis ojos.

- Quisiera que tus dedos me vieran.

Se creó largo silencio. Ethan apartó la taza con té de Nathaly y la taza con café que tenía en sus manos y las colocó en la mesa ubicada en el centro de la habitación. Luego tomó de nuevo sus manos con ternura. Rozó su dedo pulgar sobre el dorso de su mano y le dijo con voz suave: "me enamoré como un loco de ti". Nathaly no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Cuántas soñó con que ese momento ocurriera? ¿Cuántas noches añoró ese momento? Ahora que lo estaba viviendo en carne

propia, no sabía cómo reaccionar. Creía que era una broma, una mentira cruel del universo, a quien le gustaba mucho jugar a la ruleta rusa y divertirse con la suerte de su próxima víctima. Ahora el turno de Nathaly.

- Nat -dijo en su susurro.

Ethan -respondió ella en su mente, porque su boca no podía pronunciar una sola palabra.

- Te amo -repitió.

Nathaly separó despacio sus labios y dijo con la garganta hecha un nudo, tratando de aguantar la tormenta que en ese momento su corazón quería desatar en el mundo.

- Tú, solo quieres conquistar a tu última víctima antes de casarte con Melissa -dijo recordando sus palabras. "Estoy embarazada". "No le digas a Ethan, quiero ser yo quien lo haga"-. Tú solo me buscas por sexo. No es amor lo que sientes -murmuró.

Cuan equivocada estaba, pero qué iba a saber ella que era una mentira de Melissa para que ella le quitara su única oportunidad de sacar a su empresa adelante. Ethan, por otro lado, pensando en ese momento tan importante en el que estaba aceptando sus sentimientos y confesándose ante la mujer que tanto amaba, ignoraba lo que había hecho su, aún, prometida. La miró a los ojos, y aunque ella solo veía oscuridad, sintió una fuerza extraña. Una conexión potente que hizo que su corazón palpitara con mucha fuerza. Casi parecía una melodía, una de sus canciones queriendo salirse de su pecho. Él entendía su preocupación.

- El sexo no es la única manera de hacer el amor -besó su mano-. Es besar a esa persona especial -tocó su mejilla con su pulgar-, sentir la piel del otro -tomó la mano de Nathaly y la colocó en su pecho-, oír los latidos de su corazón.

Ella sintió su corazón. Su pecho subía y bajaba a la velocidad de la luz y su corazón latía con tanta fuerza que Nathaly se sorprendió pensando que le crecería piernas y que saldría corriendo desesperado. Fue en aquel momento cuando no pudo más y rompió a llorar desconsolada. Ethan la rodeó con sus brazos con todo el amor que le había negado por tantos años. Nathaly nunca se había sentido tan agradecida por estar viva, a excepción de cuando tocaba el piano. Gracias a ese hermoso sentimiento que se había encendido tan de repente en ella, le hizo una confesión.

- Yo intenté quitarme la vida -dijo entre sollozos. Ethan abrió sus ojos sorprendido, frunció el ceño y se separó un poco de ella para verla a los ojos. Limpió las lágrimas de sus rosadas mejillas y la miró fijamente desconcertado-. Fue hace muchos años, por eso dejé la academia de

música. Me sentía tan sola, tan inútil, tan insignificante.

Ethan comprendió que no era una equivocación. Había escuchado bien. Ella le habló de lo que había sufrido después de que él se fuera. Las agresiones, las ofensas, las bromas de mal gusto, los maltratos, las discriminaciones, los rumores, los correos electrónicos de muerte, los mensajes, todo. También le habló de la segunda vez que intentó suicidarse después de dejar el colegio por las mismas razones. Le explicó que se sentía miserable, por darle tantos problemas a sus padres, por nacer de esa forma, por ser ciega. Le habló sobre cómo después la música se convirtió en su refugio, su fuerza, su escape. Le dijo que muchas veces ella se preguntaba la razón por la que existía en e este mundo, que si algún día encontraría a alguien que la quisiera así como era, que si ella no estuviera viva las personas a su alrededor sería más felices. Ethan no podía creer lo que estaba escuchando. Se sentía culpable, porque si él no se hubiera ido tal vez ella no se hubiera sentido tan mal con ella misma, tal vez a su lado ella se hubiera sentido especial, con mucho que dar y con mucho por hacer en el mundo; tal vez no pensaría tan mal de ella misma y se amaría tal y como él la ama a ella.

Ella por fin se había abierto a él.

- Nat, perdóname -le dijo mientras cerraba sus ojos y al mismo tiempo pegaba sus frente unas contra otras. Nathaly no sabía por qué se disculpaba-. Si yo no hubiera ido, tal vez...

- No digas eso, Ethan. No fue tu culpa, fue solo mía.

- No me imagino lo que tuviste que haber sufrido durante todo este tiempo.

- Hay cosas que nunca se olvidan, solo se dejan de pensar en ellas para que duelan menos.

- Las cosas hubieran sido tan diferentes entre nosotros si no me hubiera ido

- Ethan -le interrumpió-, el "hubiera" no existe, lo único que importa ahora es el presente.

Se hizo un profundo silencio, pero no de esos silencios incómodos que ocurren cuando no sabes qué decir; sino de esos silencios que son especiales. Esos silencios que dicen mucho, sin necesidad de decir nada. Esos silencios en los que el tiempo se detiene y solo cuenta el latido de sus corazones, sus respiraciones rápidas que se cortan con una mirada. Ambos se separaron e Ethan la miró y por un segundo él sintió que ella también a él. Su mirada viajó de sus ojos azules como el cielo en un día despejado y con sol, a sus labios carnosos, rojizos, deseosos de un beso

puro y lleno de amor.

Él rozó su labio inferior con su dedo pulgar con ternura tratando de reprimir esos deseos carnales que le quemaban como el fuego. Sabía que si lo hacía, no se detendría; y Nathaly era como un tierno venado al cual había que acercarse despacio y sin hacer ruido porque si no, saldría corriendo asustado. Ella no lo rechazó. Tenía el mismo deseo, desde hacía mucho tiempo soñó con que Ethan fuera el primero en probar sus labios y hacer la subir al séptimo cielo. Se lamió el labio inferior inconscientemente, ignorando el efecto que le provocaba a Ethan, quien evidentemente no se aguantó y sin permiso le succionó el alma con un beso.

Un beso que ella tanto añoraba. Un beso sincero que la hizo sentir más que especial, la hizo sentir amada, fuerte. Era su primer beso. Nunca permitió que Oliver la besara antes, porque no sentía ese sentimiento tan fuerte por él. Quería que su primer beso fuera con esa persona que la hiciera tocar las nubes, que la hiciera ver las estrellas, la hiciera sentir la única mujer en el mundo que fuera realmente feliz. Quería sentir fuegos artificiales. Quería sentir ese fuego quemar su cuerpo. Quería sentir sus venas arder. Quería volar de verdad. Aunque lo que nunca se imaginó era que a partir de ese único beso, ella en vez de subir al cielo caería al infierno y sin pasaje de retorno a la Tierra.

Ella tenía miedo, a pesar de que lo estaba difrutando. Nunca había besando antes, así que su cabeza no dejaba de pensar en si lo estaba haciendo bien o no. Era frustrante. Luego, se sentía mal por pensar que tal vez Melissa lo hacía mejor, que tal vez no le gustaba. Se sentía mal por ser inexperta. Sin embargo, no se daba cuenta que era algo totalmente normal. Toda mujer había pasado por la misma situación, que cada mujer se había hecho las mismas dudas y que cada una había quedado con la incertidumbre de si la respuesta era honesta o no.

- ¿Lo estoy haciendo bien? -preguntó Nathaly entre besos.

En ese momento se dio cuenta de su inocencia. No sabía besar porque no había sido besada por nadie, ni siquiera por Oliver. Por lo que se sintió más feliz por ello. A pesar de su falta de experiencia a él le gustó la sensación de sus labios, sentir en su plenitud sus temores, sus deseos y más allá. Sus sentimientos, sus sueños hechos realidad. Fue el acto más casto y hermoso en todo el universo.

- Sí, solo relaja los labios -respondió Ethan y la siguió besando.

Sus labios se movía en sincronía. Ethan desde hacía mucho tiempo se moría por besar esos labios, por sentir su calidez. A pesar de todas la dudas de Nathaly, Ethan estaba disfrutando de ese momento tan especial. Nunca pensó que amar a alguien como él amaba a Nathaly, a su Nat,

fuera a sentir tan hermoso. Ambos sentían mariposas en sus estómagos, sus corazones sonaban en una melodía perfecta. Era como si fueran hechos el uno para el otro. Como si los dos compusieran la más hermosa de las canciones con tan solo beat del ritmo de sus latidos. Ambos se separaron para recuperar el aliento.

- Aún no me has dicho que sientes por mí -dijo Ethan con voz entrecortada.

Sabía la respuesta, pero quería oírla salir de sus labios.

- No tengo que decírtelo. Puedo simplemente demostrártelo.

Ella lo tomó ambas manos por el cuello atraiéndolo hacia ella rápidamente para volver a sentir sus labios sobre los de ella. En tan poco tiempo se había convertido en su más grande adicción.

- Mmmm. Aprende rápido la niña -dijo Ethan burlón.

- Es porque tuve un buen maestro -respondió Nathaly con voz seductora.

Al cabo de unos minutos, los dos enamorados se trasladaron a la habitación de Nathaly a escondidas del personal, que sin darse cuenta ya estaban dormidos. Ethan ayudó a apagar las luces de la casa para luego seguir a la chica al segundo piso de la mansión O'Donell. Ambos se encontraron protegidos en la oscuridad debajo de las cobijas, amándose, sintiéndose uno al otro como nunca antes. Fue ahí, cuando Nathaly se sintió viva por primera vez. Descubrió el verdadero placer de la vida, del amor. Fue difícil, pero lo disfrutó.

¿Y cómo no iba hacerlo? Estaba rodeada en los brazos del hombre de sus sueños. Estaba cubierta de besos, de caricias que ningún otro hombre podía dejar en ella. Para Nathaly, en aquellos momentos, no existía nadie más que solo Ethan. Pudo ver. Pudo ver realmente y por primera vez en su vida. Vio el amor a través de sus dedos mientras acariciaba su piel, mientras hacía de su cuerpo suyo, mientras besaba sus labios. Sus besos quedaron marcados en la piel del otro como si hubieran sido tatuados por las mismas estrellas quienes fueron testigos de un amor puro, divino y real. Un amor incomparable e incontenible. Un amor del que solo ellos podían exponer.

Ethan besaba sus labios con pasión, rozaba sus dedos sobre su fina y suave piel. Su lengua se enredaba con la suya mientras la penetraba con delicadeza y despacio para no lastimarla. Quería que ella también lo disfrutara tanto como él. Quería que ese momento fuera especial para ambos. Nathaly por unos minutos dejó de pensar, hasta que nuevamente las dudas la azotaron con rudeza. ¿Lo estaré haciendo bien? ¿por qué está tan callado? ¿le estará gustando o soy demasiado mala en esto? -se

preguntaba constantemente, hasta que Ethan hizo callar su mente por un tiempo.

Al tener esa "cosa" dentro de ella entrando y saliendo todo el tiempo la hacía sentir extraña, pero al mismo tiempo le gustaba, lo que era más extraño todavía era que lo deseaba aún más. Quería más. Ethan besaba su cuello mientras sus caderas se movían intensamente y lo que más le sorprendía a ella, era que las suyas le respondían de la misma forma como si su cuerpo ya supiera exactamente qué hacer, mientras gemía de placer. Ethan sentía su aliento golpear contra su piel ligeramente, lo que hacía que sintiera un cosquilleo excitante expandirse por todo su cuerpo. Todo era nuevo para la pianista de ojos azules que se había transformado en una especie distinta, una versión nueva de ella misma. Estaba disfrutando de una pasión que le estaba prohibida. Se había olvidado del mundo. No existían ni Melissa, ni Oliver. Ambos se habían sumido en sus deseos reprimidos. Se habían entregado mutuamente a sus corazones. ¿Qué más podían pedirle a la vida que el estar juntos por siempre?

Sintieron su totalidad en aquel momento mágico. Ambos se habían fundido uno en el otro huyendo de todo lo demás y en un instante entregarse a sus pasiones, a sus deseos, a sus instintos salvajes y hambrientos de cariños, de amor, del calor del otro como si fuera una terrible necesidad que exigían sus cuerpos suplicantes de placer. Ninguno de los dos quería separarse después de aquella noche. Una noche inolvidable. Una noche mágica. Una noche donde el tiempo se detuvo y dejó de existir. No querían que se acabara nunca, porque sabían que si eso pasaba no habría vuelta atrás. Ya no había vuelta atrás después de todo. Ya se habían entregado al amor. Querían quedarse envueltos en los brazos del otro por toda la eternidad. Querían amarse toda la vida. Pero Nathaly sabía que ese sueño era imposible, sabía que su primera vez sería su última vez al amanecer.

Nathaly sabía que su único pecado en este mundo era amar a un hombre que jamás, a excepción de esa noche, sería suyo. En cambio Ethan, estaba decidido a romper su compromiso con Melissa. Faltaban muy pocos días, para su boda. Aunque le pesaba en el alma arruinar lo que con tanto esfuerzo y dinero aquella mujer con ilusión creó, era su deber ser honesto con ella y hablar. Pedirle perdón por tanto sufrimiento y desearle lo mejor. Por otro lado, Nathaly también tenía que hablar con Oliver y ser honesta, creía que nunca iba a estar con Ethan de nuevo, pero debía evitar que ese pobre hombre que tanto había llegado a quererla se ilusionara todavía más con algo que ella jamás le podría dar. Le rompía el corazón destruir el suyo, pero era lo más justo que podía hacer. Después de todo su corazón ya tenía dueño.

Al amanecer, Nathaly se despidió de Ethan. Ambos estaban casados, ninguno había dormido del todo por temor a que fuera un sueño. Hablaron toda la noche de cosas ridículas, de sus sueños, del pasado, reviviendo

aquellos momentos cuando todo había empezado, de sus temores e ilusiones. Aquella noche se hicieron muchas promesas que no sabía si iban a llegar a cumplir, pero fueron hechas de todos modos. Se besaron, se acariciaron y se amaron varias veces más para recalcar lo que ya era obvio para ellos. Ethan antes de marcharse le dijo a Nathaly que pronto estarían juntos para toda la vida, a lo que Nat no respondió y se limitó a asentir con la mirada baja recordando la triste realidad. Una realidad que le hicieron creer.

Él la besó una última vez en los labios, esos labios que se le habían encarnado en la piel sin querer dejarlo en verdad y se fue dejando a una triste Nathaly con el corazón hecho trizas. Ethan al llegar a casa con la esperanza de encontrar a su prometida, se encontró con la sorpresa de que ella le había informado, por medio de una nota en la refrigeradora, que se iba por unos días con sus amigas en un crucero que ellas habían planeado sorpresivamente como regalo de despedida de soltera. ¿Qué más podía hacer? Ya nada. Ahora solo le quedaba esperar.

Al paso de los días, Nathaly estaba cada vez menos en casa por los ensayos de la orquesta sinfónica. Se sentía diferente y las personas a su alrededor lo notaban. No solo se expresa en su música y su forma de tocar el piano, sino que también se le notaba en el rostro, en la piel. Ethan había dejado una enorme huella en su cuerpo, en su vida y en su corazón demasiado obvia como para ignorarla. Oliver se había quedado pensando en las palabras de su contrincante y trataba de contactar a Nathaly, quien evitaba esas llamadas para no tener que enfrentarlo. Sabía que en algún momento tendría que hacerlo, pero quería disfrutar de su felicidad unos días más. Oliver Coleman, tenía tanto trabajo con la remodelación de la academia que no tenía tiempo para ir de visita a la mansió O´Donell.

Un día, Nathaly apareció en su casa. Estaba decidida, pero también temía por la reacción de Oliver. Él la recibió con el mismo cariño, amabilidad y respeto que siempre. La hizo pasar en su humilde hogar, le ofreció algo de beber, pero ella se negó. Ambos tomaron asiento en los cómodos sofás y se quedaron unos minutos en silencio.

- Oliver -empezó Nathaly con un tono de voz distinto al de siempre. Eran más serio y calmado-. Tenemos que hablar.

- Si es porque descubriste que fui yo quien mandó el vídeo con esos productores, déjame disculparme. Sé que no debía -confesó. Nathaly no tenía ni idea, por lo que estaba sorprendida-.Tuve que consultarlo primero contigo, pero es que eres tan buena en lo que haces que creía que debías compartirlo con el mundo y no encerrarlo en una habitación de cuatro paredes.

- Oliver, no tenía idea de que habías sido tú.

Oliver estaba desconcertado. Le tomó por sorpresa el hecho de que ella estuviera en su casa para hablar de algo totalmente ajeno a lo que él creía. Si no venía a reclamarle por lo que había hecho, entonces ¿por qué estaba ahí?

- Oliver, no sé como empezar ahora. Creo que primero tengo que agradecerte por todo. Por ser tan paciente, tan amable, caballeroso, humilde y compresivo, el mejor de todos los amigos. No merezco tanto cariño de tu parte.

- ¿Qué dices, Nathaly? Tu mereces todo y mucho más.

- No no es así -bajó la cabeza con vergüenza-. Tengo algo que confesar y sé que no te va gustar.

- ¿De qué se trata?

Nathaly esta estaba nerviosa, pero inspiró una bocanada de aire que luego exhaló para tomar un poco de valor.

- Estuve con Ethan -espetó.

Oliver no supo cómo reaccionar ante esa confesión tan dolorosa.

- Fue hace unos días. Él llegó a mi casa diciendo que me amaba sinceramente -Oliver no dijo nada y se limitó a escuchar su versión de la historia-, yo lo amo también. Siempre lo amé y siempre lo voy amar hasta el día que deje de respirar.

No le estaba diciendo nada nuevo que no supiera ya. Oliver sabía todo. Lo supo desde el principio, pero pensó que lo escucharía de boca de Nathaly. Sabía que estaba siendo sincera, sabía que ella no quería lastimarlo, pero ella no se daba cuenta que ya lo había hecho. Solo habían habido tres veces en las que había sido dolorosamente lastimado en su vida: la primera, cuando se quebró una pierna por la caída en una bicicleta a los seis años; la segunda, cuando había sido fuertemente herido en un asalto; y esta era la tercera, la más dolorosa de todas romperse el corazón al dejar ir al amor de su vida.

- No te culpo de nada -dijo sorpresivamente apacible. Nathaly esperaba otra reacción-. Sabía que si me involucraba contigo tenía las de perder y aun así lo intenté de todas formas. Me enamoré de ti, Nathaly, como un loco. Me enamoré de tu gentileza, de tu amabilidad, de tu inocencia, de tu talento. Me enamoré de ti. Yo fui el único culpable aquí. Sabía que tu corazón jamás sería mío, pero decidí intentarlo esperanzado de que algún

día sintieras algo por mí.

- Oliver...

- Si prefieres estar con Ethan lo entenderé -la interrumpió-. No me opondré, porque te amo.

Nathaly sonrió y luego soltó unas cuantas lágrimas. Él se acercó a ella y con ternura la rodeó con sus brazos para consolarla. Nat le había sido infiel todo este tiempo, en pensamiento y ahora en cuerpo y alma. ¿Cómo él pudo ser tan compresivo y tan amable sabiendo lo que había hecho? Se sentía culpable por todo, por no corresponderle, por no haber intentado con más fuerza enamorarse de él, por haberlo engañado, por ilusionarlo, por dejarlo creer en un sueño que sabía era imposible. Se sentía como la peor de todas las personas.

Al llegar a su casa, estaba cansada. Había tenido mucho drama en casa de Oliver, después fueron a almorzar como si nada hubiera pasado para mantener una cálida amistad como una despedida; y luego el último ensayo en el teatro antes de irse del país de gira a Sydney con la orquesta sinfónica. Estaba muerta. Entró a su casa y le pidió a Marcus una taza con té caliente, él se fue dejándola sola. Ella se dirigía hacia las escaleras hasta que escuchó unos pasos acercarse a ella. Se detuvo, escuchó atentamente y sin darse cuenta ya tenía la mano de una mujer en su mejilla. Melissa abofeteó a Nathaly con fuerza en la mejilla izquierda, luego volvió a abofetearle, pero esta vez en la mejilla derecha provocándole un leve sangrado en el labio inferior.

- Esto es para que no te acerques a MI prometido -enfatiza en la palabra "mí".

Nathaly puso su mano en la mejilla, luego se volteó quedando enfrente de ella con la frente en alto; enderezó su espalda y le devolvió la bofetada con la misma fuerza.

- Y esto es para que nunca me vuelvas a alzar la mano -dijo con orgullo-. Lo permití una vez, pero no dos. Nunca más.

Estaba enfadada. No era muy fácil hacerla enfadar, pero Melissa había irrumpido en su casa para agredirla de la nada.

- Que cínica eres. ¿Cómo te atreves a devolverme la bofetada? -gritó Melissa enojada.

- ¿Tú cómo te atreves a venir a MI casa y golpear sin razón alguna? -replicó ella del mismo modo. No tenía por qué dejarse humillar por ella ni

por nadie. Ya no más.

- Tú te acostaste con mi prometido, ¿cómo no quieres que venga a pelear por lo que es mío?

- Él podrá estar contigo, podrá casarse contigo, incluso podrás darle un hijo, pero su corazón jamás será tuyo.

Era verdad, y Melissa lo sabía. Melissa tenía miedo de perder definitivamente a Ethan mientras no estaba, por lo que contrató a un detective privado para seguirlo veinticuatro siete. El hombre tomó fotografías de cuando Ethan habló con su padre, de cuando habló con Oliver, de cuando estaba en el bar, de cuando entró en casa de Nathaly y nunca salió si no hasta la mañana siguiente. Estaba furiosa.

- Yo sé que solo fuiste una aventura para él. Una vez que te haya tenido se le quitarán las ganas y volverá conmigo como siempre hace.

- Eso no es verdad -dijo ella con dolor.

- Sí, lo es. Él solo estaba obsesionado con la idea de tener a la única mujer que no ha tenido en sus brazos, ahora que eso ya pasó podrá liberarse de ese peso y casarse conmigo -sus palabras le dolieron en el alma. Ella lo había sentido tan sincero. Había sentido el calor de su amor mezclarse con el suyo. ¿Cómo es posible que haya fingido algo tan hermoso?-. Tú fuiste solo un capricho, una obsesión nada más.

- No, no es verdad.

- Allá tú si no me quieres creer -advirtió.

En ese momento apareció Marcus con la taza con el té de Nathaly en una charola de plata. Vio a la mujer y notó el estado en el que la rubia se encontraba. Estaba alterada, desconcertada, asustada. Melissa se percató de la repentina presencia del gorila que se acercaba a ellas y se fue sin decir más. Nathly no aguantó más y rompió a llorar como nunca antes lo había hecho en su vida. Marcus dejó la charola de plata sobre una mesa cercana y corrió hacia la frágil muchacha a quien quería como a una hija.

Faltaban dos días para la boda. Melissa, después de la vista que hizo en la mansión O´Donell, se había ido a un hotel para no enfrentar a Ethan, quien estaba en su casa esperando la llegada de su, aún, prometida. Ella había cancelado los preparativos de la boda antes de aquella visita, cuando vio las fotos. Sabía que aunque le hiciera creer todas aquellas cosas a Nathaly, Ethan no se casaría con ella, por lo que se dio por vencida. Ethan la había engañado de nuevo y esta vez ella lo había engañado a él. Entró en aquella casa e Ethan, quien la había visto llegar por la ventana, ya la estaba esperando. Ambos se miraron fijamente a los

ojos sin decir una palabra.

- Melissa -Ethan rompió el silencio-. Te estaba esperando.

- ¿Ah, sí? ¿Tanto me extrañaste? -dijo fingiendo no saber nada.

- No, digo sí, pero no era por eso -estaba nervioso.

- Entonces, ¿por qué?

- Necesitaba hablar contigo.

- ¿Sobre qué?

- Nosotros.

- ¿Que hay con nosotros?

Él no supo qué responder por lo que ella soltó un suspiro exasperada y dijo:

- Tú y Nathaly O´Donell estuvieron juntos -Ethan la miró desconcertado. ¿Acaso ya lo sabía? Se preguntó a sí mismo-. Estoy enterada de todo.

- Pero, ¿cómo?

- Ya lo habíamos hablado una vez, ¿te acuerdas? Te dije que me miraras a los ojos y fueras honesto contigo por una vez en tu vida y aceptarás tus sentimientos. Me quedé esperando para llegar a ver ese día.

- Melissa, yo...

- No es necesario que digas nada, tan solo responde: ¿siempre que te besaba pensabas en ella?

A Ethan no le quedaba de otra más que ser sincero tal y como ella se lo pidió hacía tiempo y respondió avergonzado:

- Y cuando no te besaba también -admitió.

Al escuchar sus últimas palabras ella dijo que no tenía nada más que hacer allí, entonces se encaminó a la habitación que era de ambos, hizo sus maletas y antes de irse a Nueva York para nunca volver se acercó a Ethan, le entregó una carta y dijo finalmente:

- Ábrela cuando me haya ido -Ethan asintió.

---*---*---